



MÁSTERES de la UAM

Facultad de Filosofía
y Letras /12-13

Máster
Interuniversitario en
Historia y Ciencias
de la Antigüedad



**Nusquam minus Roma
cognoscitur quam Ro-
mae: Perviviencia y
uso de los monumen-
tos clásicos en la Roma
medieval**

Victor Ubeda Martinez



Índice

1. Introducción	2
2. Fuentes y estado de la cuestión	4
3. La visión de Roma durante el Medioevo	7
4. La cristianización de Roma.....	12
4. 1. La conversión de espacios clásicos en iglesias cristianas.....	12
4. 2. Los monumentos y las leyendas	18
5. La utilización política de los monumentos romanos.....	22
5. 1. El conflicto entre el Pontificado y el Sacro Imperio	23
5. 2. El enfrentamiento entre la población romana y el Papado	31
6. Conclusiones	37
7. Bibliografía.....	43
7. 1. Fuentes primarias.....	43
7. 2. Estudios modernos.....	45

1. Introducción

La caída del Imperio Romano en Occidente supuso para Roma una gran pérdida, no solamente política, sino también económica. Esta nueva realidad se plasmó en el estado de conservación de numerosos monumentos romanos, puesto que su mantenimiento era muy elevado para una ciudad que se convirtió en poco más que una aldea. Sin embargo, sí que hubo una intención manifiesta desde el poder político en la reutilización de ciertas estructuras de origen clásico. Son estos casos los que estudiaremos en nuestro trabajo, y para ello recurriremos tanto a fuentes medievales como a estudios modernos. Resulta especialmente interesante el primer grupo debido a la aportación de datos que conciernen a la ubicación espacial de los monumentos, así como de leyendas creadas en torno a ellos. Esas historias esconden gran parte del componente ideológico que encierran esas reutilizaciones y por ello intentaremos señalar su origen, para posteriormente relacionarlo con los acontecimientos históricos que se estaban produciendo en esos momentos. Es por esta razón por la que no solamente podemos recurrir a fuentes que nos hablen de los propios monumentos, sino también de la historia contemporánea. En este punto son especialmente importantes los tratados de teoría política o las biografías, como veremos en el siguiente apartado.

Sobre los límites cronológicos, cabe indicar que nos interesa principalmente el periodo puramente medieval, cuando Roma se encontraba bajo control pontificio o de la aristocracia romana. Así, el inicio se ha situado en el año 554, momento en el que finalizan las Guerras Góticas y comienza *de facto* el gobierno papal, aunque oficialmente el control recayese sobre los emperadores bizantinos. El final será 1527, año en el que las tropas del emperador Carlos V efectuaron el *Sacco* de Roma. Como consecuencia de esta acción se produjo una reorganización de toda la ciudad y todos los monumentos clásicos, creándose un paisaje urbano diferente y que merecería un estudio propio. No obstante, se debe mencionar que la estructura del trabajo no sigue unos criterios cronológicos, sino temáticos. De esta manera podremos obtener una mejor visión de todo el proceso y así enmarcar las diversas utilidades en los diferentes conflictos políticos del momento. El elemento central será el Papado, puesto que es el que más posibilidades tuvo de poder hacer un uso ideológico de los monumentos clásicos. Sin embargo, también analizaremos ejemplos de los nobles o emperadores del Sacro Imperio. Pese a que estos últimos sean unos personajes ajenos a la propia Roma, deben ser tratados en ocasiones, así como su ideología política basada en elementos o

personajes de la Antigüedad, con el fin de poder obtener una visión completa del problema que nos planteamos en este estudio.

Por último, hay que comentar que el trabajo persigue principalmente dos objetivos:

- En primer lugar, tratar de presentar una visión del conocimiento que los romanos medievales poseían sobre su pasado imperial. Considero que el uso de los monumentos y la creación de diversas leyendas pueden ayudarnos a comprender esta problemática, debido a que no conservamos testimonios literarios coetáneos que nos hablen de este tema, como veremos posteriormente al tratar la idea de Roma durante el Medievo.

- Por otro lado, se basa en apreciar la influencia que pudo ejercer la historia romana en los conflictos políticos que enfrentaron al Papado con la aristocracia y el Sacro Imperio. Ambos poderes tenían en teoría sus orígenes en el pasado clásico, por lo que trataban de vincularse a éste. El segundo será estudiado en mayor profundidad, puesto que considero más interesante tratar como el Papado hubo de intentar cristianizar el pasado romano para poder utilizarlo dentro de su programa político.

2. Fuentes y estado de la cuestión

El aspecto urbano de Roma ha sido siempre un elemento inspirador tanto para artistas como para simples visitantes de la ciudad. Esta influencia se plasmó en diversos escritos. Ya para la plena Edad Media, contamos con diferentes obras que podemos clasificar, *grosso modo*, en dos grandes grupos: las que hablan directamente de la ciudad de Roma y las que aluden de manera indirecta a ella. Dentro de la primera categoría, debemos destacar en primer lugar los *Mirabilia Urbis Romae*. Estos textos fueron guías de viaje destinadas a los peregrinos que visitaban la ciudad y resultan fundamentales para nuestro trabajo. En un primer momento, simplemente transmitían el nombre de las edificaciones que el viajero iría viendo durante su visita a Roma, como es el caso del Códice de Einsiedeln, correspondiente al siglo XIII. Sin embargo, posteriormente, aunque nos informan principalmente de los monumentos conservados en la ciudad, también lo hacen de otro elemento que es de suma importancia para conocer la ideología que operaba en torno a estas construcciones. En estas obras se encuentran recogidas algunas de las leyendas que circulaban en la Roma medieval y que tenían como protagonistas a diversas estructuras clásicas. Estos escritos, que se desarrollaron principalmente en torno al siglo XIII, tuvieron su eco en los libros de viaje medievales. En este sentido, hemos de destacar a Benjamín de Tudela o Pero Tafur. Sus libros son muy similares a los *Mirabilia*, puesto que describen la ciudad al mismo tiempo que hablan de algunas creencias populares.

En cuanto al segundo grupo, aquellas obras que tratan la ciudad de manera indirecta o que aportan datos que nos pueden ayudar en nuestro estudio, hay que señalar que se trata de un conjunto de testimonios muy heterogéneos. En primer lugar, hay escritos biográficos que pueden resultar muy interesantes. Destaca el *Liber Pontificalis*, el cual recoge la vida de los pontífices desde San Pedro hasta el año 715, por lo que su impacto en nuestro trabajo será escaso. Mayor importancia tiene la biografía anónima sobre Cola di Rienzo (1313–1354), elegido como “Tribuno del pueblo romano” y que lideró un proyecto comunal en la ciudad. Por último, hay que tener muy en cuenta la producción literaria del momento. En este sentido hay que señalar la importancia de algunos autores como Petrarca, aunque, sin lugar a duda, el que mayor información nos transmite es Dante. Dentro de este grupo tan dispar, hay que destacar que los pasajes sobre el estado monumental de la ciudad que nos interesan son escasos, siendo mayor su

aportación al conocimiento político y religioso del momento, otro de los elementos centrales de nuestro estudio.

En cuanto a los trabajos modernos, hemos de señalar que el estudio de la Roma medieval tiene ya una dilatada tradición en la historiografía actual, dándose los primeros estudios importantes durante el siglo XIX, destacando la figura de Ferdinand Gregorovius (1898), quien estudió por primera vez en profundidad la historia medieval de Roma publicando catorce libros y diferentes artículos sobre estos temas. De esta primera época, hay que señalar a otros dos autores más: Richard Krautheimer (1980) y Rodolfo Lanciani (1899). El primero de ellos, publicó un estudio clásico del tema que nos ocupa, en el cual nos presentaba el recorrido histórico de los principales monumentos de la ciudad desde el reinado de Constantino hasta el año 1308. Por su parte, Lanciani se preocupó no sólo de las antigüedades de la ciudad de Roma, sino del conjunto del Imperio, especialmente del Occidente. Sin embargo, pese a que para nuestro trabajo estos tres autores son el mejor punto de partida, hay que tener en cuenta que sus obras han quedado anticuadas en algunos de sus aspectos, principalmente debido a los numerosos descubrimientos arqueológicos que se sucedieron tras sus publicaciones.

Posteriormente, tras estos trabajos de carácter más general, han aparecido textos más específicos. La mayoría de ellos son estudios arqueológicos de diferentes autores especializados en monumentos concretos. A este respecto, debemos destacar los trabajos de Coates-Stephens (2003), el cual se centra en el estudio de los acueductos; de Meneghini (1998; 1999) y Santangeli Valenzani (2000), quienes también han publicado trabajos de manera conjunta (2004), estudiando la topografía de Roma y especialmente tanto el Foro republicano como los Foros imperiales; y de Rea (2000; 2002), quien ha estudiado profundamente la historia del Anfiteatro Flavio a lo largo del Medievo. Lógicamente, estos autores son una pequeña muestra del conocimiento adquirido por la arqueología a lo largo de los últimos años, gracias a la cual, poseemos una visión muy completa desde el punto de vista urbano. Sin embargo, en la mayoría de estos trabajos el principal objetivo es conocer mejor el paisaje urbano de Roma, y por lo tanto, no se trata el aspecto ideológico que hay detrás de los diferentes usos.

Finalmente, haré mención a algunos estudios similares al que desarrollaremos nosotros. El primero de ellos es el de A. Graf (1923). Es su obra recoge el recuerdo de Roma en el imaginario medieval, especialmente desde el punto de vista literario, aunque

no trata de buscar el motivo ideológico por el cual se llevan a cabo las vinculaciones entre el pasado romano y la política medieval. Sin embargo, sus teorías nos han resultado muy útiles, principalmente los capítulos dedicados a los emperadores romanos. En esta misma línea se sitúa el trabajo de Marcos Casquero (2010), quien también utiliza la literatura medieval como punto de unión entre el pasado clásico y la Edad Media. También debemos tener en cuenta el ya clásico trabajo de Jenkyns (1995), en el que se dedica un capítulo escrito por Davis (1995) a la Edad Media. Por último, señalar la gran obra de Greenhalgh (1978), en la que trata la repercusión de la tradición clásica en las diferentes manifestaciones artísticas. Sin embargo, estos estudios tienen en común que todos ellos realizan un análisis general de toda Europa, sin centrarse en una zona específica. Por lo tanto, las referencias que podemos encontrar sobre la Roma medieval no son muy extensas, aunque también son trabajos realmente útiles para comparar la situación de esta ciudad con el resto de la cristiandad.

3. La visión de Roma durante el Medioevo

Un primer aspecto que se debe tener en cuenta para poder comprender en profundidad cómo se pudieron utilizar determinados monumentos con fines ideológicos sería la actitud de la población coetánea frente a las ruinas, así como su visión sobre la antigua Roma, muy diferente de la que se posee en la actualidad. Ésta se constata inmediatamente si tenemos en cuenta que para la población medieval el Imperio Romano seguía existiendo. Así, tanto Tarquinio como Nerón o incluso Pipino serían emperadores romanos (Benjamín de Tudela, 1989, 9), y por lo tanto debían presentarse como legítimos herederos de los antiguos gobernantes romanos. Sin embargo, mucho más interesante es comprobar la disparidad de opiniones que se tenía en esos momentos sobre el pasado clásico, visiones que en muchas ocasiones se encontraban muy influenciadas por la religión cristiana.

Así, en primer lugar nos encontramos con un grupo de personajes que lloraban a Roma y a sus ruinas, como se puede observaren un poema del siglo VIII escrito por Alcuino de York:

Roma, caput mundi. mundi decus, aurea Roma,

nunc remanet tantum saeva ruina tibi (...).

Dum tua, quis teneat lacrimas, nunc ultima cernit:

gens inimica deo iam tua tecta tenet (Dümmler, 1881, p. 230).

Esta visión está muy presente especialmente en la literatura medieval europea (Carmona Fernández, 2002, pp. 27-48; Marcos Casquero, 2010, pp. 11-56). Sin embargo, esta actitud se dio eminentemente fuera de la ciudad de Roma, donde el control pontificio no era tan fuerte y se podía evocar con mayor facilidad un pasado eminentemente pagano. Fueron el control eclesiástico y su rígida visión cristiana los que impidieron estas composiciones literarias dentro del *Patrimonium Petri*. Dentro de la urbe, la actitud frente a la mayoría de las ruinas estuvo marcada por el pensamiento de san Agustín de Hipona, cuyas obras fueron un referente para el pensamiento cristiano medieval. En sus escritos subyace la idea de *imperium sine fine*, pues consideraba que la desaparición de Roma constituiría un suceso inevitable dentro de la Historia, así como sus propias construcciones. Por ese motivo escribió: “¿Te lamentas porque obras de madera y de piedra hayan sucumbido a la ruina y porque haya muerto lo que estaba destinado a morir?” (cit. por Marcos Casquero, 2010, p. 23).

No obstante, en ocasiones también se revestía a los monumentos de un aura especial, que los convertía en garantes de la vida de la propia ciudad. A este respecto, destacan unos versos de Beda el Venerable que se hicieron muy populares durante la Edad Media y que vinculaban el destino de Roma con el Anfiteatro Flavio. El célebre Edward Gibbon lo recogió en su gran obra: “Mientras el Coliseo siga en pie, Roma se mantendrá; Cuando el Coliseo caiga, Roma caerá; Cuando Roma caiga, el mundo caerá” (Gibbon, 2012, p. 3096, trad. de Sánchez de León Menduïña).

De este modo se recogía la antigua idea romana de la “Ciudad Eterna”¹. Sin embargo, cuando se habla del futuro de la ciudad, no debe pensarse sólo en el paisaje urbano, sino también en el de la cristiandad, al ser ésta el centro religioso más importante de la religión imperante.

Pese a que estas leyendas gozaron de cierta relevancia durante el Medievo, dentro de la propia ciudad no tuvieron una gran importancia puesto que, como ya se ha comentado anteriormente, imperaba la postura influenciada por san Agustín. Es por ello que durante estos siglos la mayoría de los monumentos de época clásica quedaron desprotegidos frente a la destrucción o el expolio, debido a que en la mayoría de los casos no había un interés manifiesto en conservarlos. Esta tendencia duró durante la mayor parte de los siglos que ocupan nuestro estudio, hasta que ya por fin el 28 de abril del año 1462, el Papa Pío II promulgó una bula que prohibía la destrucción, la expoliación o el traslado de cualquier ruina clásica fuera de la ciudad de Roma o de la Campania so pena de excomuni3n². Pero no fue hasta el siglo XVI cuando el Pontificado realmente realizó un esfuerzo por conservar las antigüedades, lo que dio lugar a la creaci3n en 1534 de la figura del *Comissario delle Antichità*, cargo que recay3 por primera vez en el pintor Rafael (Ridley, 1992, pp. 117-154), acontecimiento que ya excede nuestros límites cronol3gicos.

En cuanto a la idea que se tenía del Imperio Romano, nos encontramos de nuevo con dos posiciones enfrentadas. Por un lado, tenemos una visi3n totalmente negativa en

¹ Esta idea de *Roma Aeterna* ya se encuentra recogida en algunos autores clásicos. Así, encontramos en la Eneida unos versos puestos en boca de Júpiter que aluden al poder intemporal de Roma: *His ego nec metas rerum nec tempora pono / imperium sine fine dedi* (Virgilio, *En.*, 1, 278-279); o las diversas menciones a este “título” en la obra de Amiano Marcelino (14, 6, 1; 15, 71; 15, 7, 10). Sobre este tema véase: Pratt, 1965, pp. 25-44.

² Pío II es uno de los primeros pontífices que trató de conservar los monumentos clásicos de la ciudad debido a su admiraci3n hacia ellos, sin buscar en la mayoría de los casos una vinculaci3n ideol3gica. Sin embargo, pese a su bula y su admiraci3n por el mundo clásico, también sabemos que llevó a cabo expoliaciones, especialmente del P3rtico de Octavia. Sobre Pío II y las ruinas romanas véase: Rubinstein, 1988, pp. 197-203.

la que se veía a Roma como fuente de todo mal y que había sido castigada por Dios debido a su soberbia y a las persecuciones hacia los cristianos (Marcos Casquero, 2010, p. 21). Esta idea se plasmó en una expresión que tomaba por acrónimo el nombre de la ciudad: *Radix Omnium Malorum Avaritia* (Davis, 1995, pp. 63-90).

Sin embargo, el pensamiento generalizado era el contrario. Se pensaba que el Imperio Romano había sido un instrumento que Dios había utilizado para llevar a cabo su plan divino. Esta visión se encuentra muy presente en la obra de Dante, en la cual Roma fue una herramienta que hizo posible que los judíos pagaran su deuda a Dios³. Es, por lo tanto, una valoración positiva que incluso le llevó a utilizar varios ejemplos inspirados en el pasado romano para sustentar sus tesis expuestas en la obra *Monarquía*. Dante, en este mismo tratado reflexionó sobre cómo Dios legitimó la existencia del Imperio Romano: “Digo, pues, que si el Imperio romano no fue conforme a Derecho, Cristo, al nacer, aceptó la injusticia. La conclusión es falsa, luego la contradictoria del antecesor es verdadera. Las contradictorias se infieren entre sí en sentido contrario” (*Monarquía*, 2, 10, trad. de Robles Carcedo y Frayle Delgado).

En relación con lo anterior, tenemos otra visión que teorizaba sobre la salvación de Roma gracias a la intervención de Dios. Este pensamiento fue inaugurado por san Agustín, quien, de nuevo, influyó enormemente en el pensamiento medieval concerniente a este tema:

“«Observa, dice, que Roma perezca en los tiempos cristianos». Quizá no perezca; quizá sólo ha sido flagelada, pero no hasta la muerte; quizá ha sido castigada, pero no destruida. Es posible que no perezca Roma si no perecen los romanos. No perecerán si alaban a Dios; perecerán si lo blasfeman. ¿Qué otra cosa es Roma sino los romanos? No se trata aquí de las piedras y de las maderas, ni de las altas manzanas de casas o de las enormes murallas. Estaba hecha de tal forma que alguna vez había de perecer” (Agustín, *Sermo.*, 81, 9, trad. Cilleruelo *et al.*).

Este pensamiento era muy beneficioso para el Papado, ya que gracias a ello se podía cristianizar el destino histórico de la ciudad y alejarse del elemento pagano. Por ello, se favoreció esta visión, tal y como vemos en la biografía de Cola di Rienzo, donde

³ Se refiere a la crucifixión de Cristo instigada por los judíos y la posterior campaña de los emperadores Vespasiano y Tito contra este pueblo. Esta idea se encuentra en dos de sus principales obras: *Purg.*, 21, 82-84; *Par.*, 6, 82-93 y *Monarquía*, 2, 11.

se describe una pintura del palacio del Campidoglio en la que la supervivencia de Roma aparece vinculada a la Fe cristiana⁴:

Era pinto un grandissimo mare, le mare orribili e forte turbate; in mezzo a questo mare stava una nave poco meno che soffocata, senza timone, senza vela. In questa nave, la quale per pericolare stava, ci era una femmina vedova, vestita di nero, cinta di cingolo di tristezza, sfessa la gonnella da petto, siciliati li capelli, come volesse piangere; stava inginocchiata, incrociava le mani piegate al petto per pietade, in forma di pregare che suo pericolo non fosse; lo sopra scritto dicea: questa è Roma. Attorno questa nave, da la parte di sotto nell'acqua stavano quattro navi affondate, le loro vele cadute, rotti li arbori; perduti li timoni. In ciascuna, stava una femmina affogata e morta. La prima avea nome Babilonia, la seconda Cartagine, la terza Troja, la quarta Gerusalemme. Lo soprascritto diceva: queste cittadi per la ingiustizia pericolare, e vennero meno.

(...) e in questa isoleta stava una femmina inginocchiata; la mano distendeva al cielo come orasse; vestita era di bianco, nome avea Fede cristiana: lo suo verso dicea così:

O sommo patre, duca, e signor mio,

Se Roma pere, dove starò io?(Vita di Cola di Rienzo, 1, 2).

Así pues, se tenía una visión totalmente distorsionada de lo que había significado Roma y cuál había sido su historia. Pero, pese a que esta era la situación general, también nos encontramos con excepciones. Así pues, Petrarca y Pero Tafur eran conscientes de que en la propia ciudad no se buscaba el conocimiento histórico, sino que se favorecía este tipo de visiones que hemos visto. Esto llevó a Petrarca a escribir: *nusquam minus Roma cognoscitur quam Romae* (1968, p. 58), mientras que Pero Tafur era más crítico con los romanos del momento: “Jamás fallé un ombre en Roma que me sopiese dar razón de aquellas cosas antiguas por que yo demandava, mas creo que lo supieran dar de las tavernas o lugares desonestos” (2009, p. 40). Esta visión perduró en el tiempo, llegando incluso a España, donde Francisco de Quevedo escribió en su

⁴ Esta idea ya había sido expresada por Orosio, al indicar que al Imperio Romano le sucedió el Imperio Cristiano: *si autem regna diuersa, quanto aequius regnum ali quod maximum, cui reliquorum regnorum potestas uniuersas ub icitur, quale a principio Babylonium et deinde Macedonicum fuit, post etiam Africanum atque in fine Romanum quod usque ad nunc manet* (Orosio, 2, 1, 4).

poema *A Roma sepultada en ruinas* (1648): “Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!/y en Roma misma a Roma no la hallas” (de Quevedo, 1984, p. 190).

Una vez repasadas las diferentes teorías sobre el pasado romano y sus monumentos, comenzaremos nuestro estudio con un proceso al que hemos aludido durante este punto: la cristianización de la ciudad.

4. La cristianización de Roma

La victoria de los bizantinos al final de la Guerra Gótica (535-554) tuvo como consecuencia que Roma quedase de nuevo bajo control imperial, al menos de modo oficial. *De facto* los obispos de la urbe gobernaron la ciudad y se encargaron del desarrollo de ésta, pudiendo así plasmar su ideología en el paisaje urbano. A partir de este momento, asistimos a una creciente cristianización del aspecto físico de Roma cuyo fin era acabar con los restos paganos que aún se conservaban a la vista. Sin embargo, el orden eclesiástico se encontró en su camino algunos impedimentos, como el hecho de que los templos aún continuaban siendo de propiedad imperial, aunque estos problemas los iremos explicando en lo sucesivo.

La política de cristianización no sólo se plasmó en el paisaje de la ciudad, sino que también hubo una política dirigida a convertir algunos elementos del Imperio Romano en símbolos del cristianismo. Es por ello que dividiremos en dos el presente apartado. El primero de ellos versará específicamente sobre temas relacionados con los materiales clásicos, mientras que el segundo tratará sobre algunas leyendas que tenían como protagonistas diferentes monumentos.

4. 1. La conversión de espacios clásicos en iglesias cristianas

En primer lugar, hemos de señalar que la cristianización de la ciudad no comenzó en este momento del siglo VI, sino que ya fue Constantino quien plasmó la nueva religión predominante en el paisaje urbano de Roma⁵. No obstante, se ha de advertir una diferencia fundamental con el proceso que llevaron a cabo los pontífices, puesto que este emperador fue muy cuidadoso al no atacar directamente los edificios paganos y al situar las fundaciones eclesiásticas en las zonas periféricas⁶, como la

⁵ Nos referimos a la cristianización de la ciudad por parte del poder político. Cuando Constantino accedió al poder existían al menos 25 lugares de culto cristiano, cuyo nombre derivaba de la persona que los había construido (*titulus Clementis, Anastasiae, Caeciliae, Chrysogoni*, etc.) (Krautheimer, 1980, p. 18). Este proceso se inició durante los siglos II y III d. C., cuando varias comunidades cristianas comenzaron a utilizar el entorno de la *Via Appia* como necrópolis (Spera, 2003, pp. 23-43).

⁶ En estas fundaciones eclesiásticas ya participarían los obispos de Roma, especialmente los obispos Silvestre y Marcos (Curran, 2000, p. 91). La bibliografía sobre Constantino y la ciudad de Roma es extensa, aunque conviene destacar el estudio ya clásico de Krautheimer (1980, pp. 3-32) y el de Curran (2000, pp. 70-115) sobre la ciudad durante el siglo IV. Sobre la fundación de iglesias por parte de Constantino véase: Bovini, 1968.

residencia papal hasta el exilio en Aviñón en 1305, la Basílica de San Juan de Letrán⁷. A partir de este momento, y tras la declaración del cristianismo por parte de Teodosio en el año 380 como religión oficial del Imperio, el proceso se fue acentuando. En este sentido destaca, por ejemplo, la disminución del número de *munera* ofrecidos en el Anfiteatro Flavio como consecuencia de la preponderancia de la moral cristiana, que los rechazaba⁸.

Posteriormente, cuando la ciudad se encontró bajo dominio ostrogodo, también se construyeron algunas iglesias, tanto por parte del poder civil como del eclesiástico. Por parte de los germanos destaca principalmente Sant'Agata dei Goti, construida seguramente por Ricimero durante la segunda mitad del siglo V (Sastre de Diego, 2004, p. 78), puesto que se trata, junto con la iglesia de San Severino, de los dos únicos templos de culto arriano en Roma⁹. En esta misma época, el papa Sixto III consagró la Basílica de Santa Maria Maggiore, entre los años 432-440 (Liverani, 2000, p. 49).

Por lo tanto, cuando los obispos se adueñaron de la ciudad, ésta ya había perdido gran parte de su componente pagano, aunque aún era un elemento fuertemente visible en el paisaje debido a la grandeza de sus construcciones. A principios del siglo VI se procedió a la reconversión de algunos de los antiguos templos clásicos en nuevas iglesias cristianas. La transformación más importante la encontramos a comienzos de la siguiente centuria, concretamente en el año 608. En este periodo, el emperador de la parte oriental del mundo romano era Focas, gobernante que accedió al trono en ese mismo año tras asesinar a su predecesor Mauricio. En realidad, se trataba de un usurpador que debía legitimar su posición y, por ello, trató de entablar buenas relaciones con el Pontificado romano¹⁰, como demuestra la donación del Panteón que realizó al

⁷ La tradición cristiana, apoyada en el *Liber Pontificalis*, argumenta que Constantino donó al obispo de Roma estos terrenos, junto con la basílica, aunque no hay pruebas históricas de que hasta el siglo VI ésta fuera la sede del pontificado romano (Curran, 2000, p. 94).

⁸ Durante el siglo IV tenemos constancia, gracias a un pasaje de Amiano Marcelino (16, 10, 14), de que el Anfiteatro Flavio se encontraba aún en buen estado de conservación. Sin embargo, la mayor parte de los espectáculos que se ofrecían durante este momento estaban destinados a castigar a los delincuentes (Rea, 2000, p. 132). Sobre los *munera* al final del Imperio Romano destaca el trabajo de Tantillo (2000, pp. 120-125) y para la relación de éstos con los cristianos el de Rea (2000, pp. 129-133) y, especialmente, los dos estudios de Jiménez Sánchez (2006; 2010).

⁹ Algunos autores apuntan a un tercer edificio arriano, el cual estaría situado en la actual zona de Termini (Cecchelli, 1986, pp. 287-296) y que Meneghini ha identificado con la primitiva Sant'Angelo in Pescheria (1999, pp. 171-182). Esta iglesia es anterior, al menos, al 472 y se reconvierte para el uso católico en el año 592 gracias a Gregorio Magno (Sastre de Diego, 2004, p. 79).

¹⁰ Cuando Focas accedió al trono envió unas imágenes que le representaban a él mismo y a la emperatriz Leontia a Roma. Al llegar a la ciudad el 25 de abril de 603, las piezas fueron aclamadas en San Juan de Letrán al grito de: “¡Cristo, óyenos! Larga vida a Focas Augusto y a Leontia Augusta” (Cooper y Hillner, 2007, p. 21).

Papa Bonifacio IV (608-615) en 608. Ya en el año 609, el Pontífice no dejó pasar la oportunidad de cristianizar uno de los templos más importantes y significativos del antiguo esplendor romano. La nueva iglesia se consagró el 13 de mayo a la Virgen María y a todos los mártires (Montero Fernández, 2004, p. 81), pasando a denominarse Santa Maria ad martyres, culto que actualmente conserva. Sabemos que los cambios que se realizaron no fueron muy importantes desde el punto de vista visual, salvo los dos campanarios que erigió Bernini durante el siglo XVI en la parte superior de la fachada y que no se derribaron hasta el siglo XIX (Soraluce Blond, 2008, p. 128). Además, junto con la Basílica de Majencio, fue el monumento de la Antigüedad que más influencia ejerció sobre los artistas, especialmente durante la etapa renacentista (Partridge, 2007, p. 43).

A partir de este momento quedó inaugurada la política papal que afectó a un gran número de monumentos, especialmente a los antiguos templos paganos. En menos de medio siglo, nos encontramos con otra evidencia de esta tendencia: Sant'Adriano al Foro Romano. Esta iglesia se construyó entre los años 625 y 638 sobre los restos de la antigua Curia por orden del Papa Honorio. Esta teoría que afirma el plácet imperial fue expuesta por Krautheimer (1980, p. 75) al señalar que en 630 el emperador de Oriente autorizó, mediante un decreto, el traslado de algunos bronce del Templo de Venus y Roma a la Basílica de San Pedro. Sin embargo, pese a que la nueva iglesia se había construido sobre un antiguo edificio de época clásica, fueron necesarios materiales de otras zonas, como mármoles procedentes de época de Diocleciano (Greenhalgh, 1989) para poder culminar la construcción del templo. Sant'Adriano al Foro Romano se conservó hasta los años treinta del siglo XX cuando Mussolini ordenó que la Curia volviera a su estado original, dentro de su programa para recuperar la gloria de la antigua Roma (Bordi, 2001, p.478).

Es interesante el caso de Sant'Adriano, pues sabemos que desde el siglo VII tenía un papel permanente en las procesiones eclesíásticas (Bordi, 2011, p. 478), aunque se encontraba ubicada en una zona en la que apenas existía población¹¹. En

¹¹ La población romana se fue resintiendo durante buena parte del periodo medieval: se calcula que durante el siglo IV Roma pudo tener unos 500.000 habitantes (Greenhalgh, 1989), aunque hay autores que piensan que no pudo haber superado los 400.000 (Lo Cascio, 2000, p. 52). En época de Gregorio Magno estaría ocupada por menos de 100.000 personas (Greenhalgh (1989); Krautheimer (1980), p. 62) y en el siglo VI la cifra sería aún más pequeña. Esta situación provocará que el territorio se divida en dos, el *abitato* y *disabitato*, una de las principales características de la Roma medieval y que ya comenzó bajo el reinado de Constantino, cuando se empezó a abandonar la zona del Campidoglio (Fraschetti, 1986, pp. 59-98).

consecuencia, no acogería a un gran número de fieles, teniendo en cuenta que también se encontraba cerca de otras iglesias, como San Lorenzo in Miranda, situada en la zona del Foro. Por lo tanto, ¿por qué tiene una posición preeminente frente al resto? Sabemos que con el tiempo la conciencia colectiva había olvidado que este edificio había sido la antigua Curia donde se reunía el Senado, hasta que Lanciani lo identificó en el siglo XIX (1882-1883, pp. 3-21). Sin embargo, puede ser que en la memoria de la población quedara la imagen de que en aquel edificio se habían producido hechos importantes y que tuviese un lugar destacado en el pasado. También pudiera suceder que en esta época aún se conociera el pasado del edificio y que el Papado de este modo cristianizara un centro de poder del Senado. Aún así, con el tiempo se perdería la historia pasada de la Curia, lo que debemos enmarcarlo dentro de la rivalidad entre la aristocracia y el Pontificado por el control político de la ciudad. Este enfrentamiento fue más notable conforme avanzaba el tiempo, aunque será tratado posteriormente, cuando estudiemos los usos políticos que se otorgaron a ciertos monumentos.

Pese a que hemos visto dos ejemplos de construcciones significativas donde el poder romano cristianizó la ciudad, cabe señalar que se trató, al menos en un principio, de un proceso lento. De este modo, el siguiente caso de templo que se reconvierte tras el Panteón ocurrió en el siglo IX, es decir, casi 300 años más tarde. Se produjo entre los años 872 y 882, cuando el templo de la Fortuna Virilis sufrió un cambio en su aspecto con el fin de adaptarse a los centros de culto cristianos. Tanto el frente como los laterales se cegaron, en un lateral se construyó un pequeño campanario y en la parte frontal se colocó una cruz y un medallón que contenía la imagen de la Virgen María. Esta imagen se mantuvo durante varios siglos, ya que hasta principios del siglo XX la estructura no recuperó su aspecto original (Soraluce Blond, 2008, p. 123).

Posteriormente, ya en el siglo XI, se intervino de nuevo en el Foro. En este caso, se trató del Templo de Antonino y Faustina, el cual pasó a convertirse en la iglesia de San Lorenzo in Miranda, utilizando la antigua *cella* como cierre del nuevo templo, debido a que la cubierta había desaparecido (Soraluce Blond, 2008, p. 134). Sin embargo, pese a estar unidas estas dos estructuras, no se invirtieron los mismos recursos en su mantenimiento. Es lo que se puede deducir de los grabados que nos han llegado, los cuales presentan a la iglesia cristiana en un buen estado de conservación frente a un templo pagano bastante descuidado.

Otro espacio en el que se aplicó esta política fue el Foro de Trajano. Durante el siglo VII servía como punto de encuentro para diferentes reuniones literarias, en las cuales se recitaban versos de origen clásico, como por ejemplo los versos de Virgilio (Cavallo, 2001, p. 92). Esta actividad continuó hasta el siglo IX, cuando se abandonó y expolió hasta que en el siglo XI el monasterio de San Salvatore ad duos amantes se apropiase de la zona. Unos años más tarde, desde 1082, la propiedad pasaría a la iglesia de San Ciriaco de Camilliano macellorum (Meneghini y Santangeli Valenzani, 2001, p. 37).

Posteriormente, entre los siglos XII y XIII se levantó sobre su pavimento la iglesia de Santa Maria in Campo Carleo, que se derribó en 1931 por orden de Mussolini (Meneghini, 1998, p. 127). También se levantaron otras iglesias, como Santi Apostoli al norte del Foro y de los Mercados de Trajano. En 1418, Fosci di Berta edificó, dentro del propio Foro, la iglesia de San Bernardo della Compagnia, destruida en 1736 (Lanciani, 1989, p. 53). En 1432, la hermana de los cardenales Angelo y Domenico, Petronilla Capranica, fundó el Monastero dello Spirito Santo, que se destruyó en 1812 con las excavaciones napoleónicas (Lanciani, 1989, p. 57).

Con lo expuesto hasta el momento, hemos podido realizar una breve exposición del proceso que estamos estudiando. Se puede observar que, en la mayoría de los casos, los monumentos que pasan a tener funciones de culto cristiano no eran espacios intrascendentes dentro en el marco de la historia de la ciudad, sino que habían tenido una función relevante en el pasado. De este modo, se cristianizaron algunas estructuras que podemos considerar como el “corazón de Roma”, por ejemplo el Foro o el Panteón, presentando a la Roma cristiana como continuadora de la anterior. Pese a esto, no debemos olvidar que todo el proceso tiene también un motivo económico, puesto que era mucho más asequible para la economía romana la reconversión de los monumentos que la construcción de otros nuevos.

No obstante, no hemos de pensar que la cristianización de la ciudad se produciría solamente mediante la construcción de iglesias. También se llevó a cabo un proceso de distanciamiento de los diferentes elementos paganos mediante el abandono, el expolio o la destrucción de algunos monumentos. Respecto al abandono, quizás los

casos más interesantes sean los que conciernen a los edificios lúdicos, principalmente, y por su gran simbolismo, el Anfiteatro Flavio¹².

La historia del Coliseo podemos dividirla en dos etapas teniendo como punto de inflexión el año 1312. En este momento, el Pontificado recuperó la propiedad del monumento, que pertenecía anteriormente a la familia de los Frangipane, aunque previamente había pertenecido también al Papado¹³. Esto es muy importante, ya que al pasar el monumento a manos eclesiásticas, éstas trataron de desvincularse de él.

Ya en torno al año 256, Cipriano de Cartago, en una epístola dirigida a Eucracio, obispo de Tina, se postula en contra de los participantes en actividades lúdicas. En concreto se refiere a los histriones y dice que atentan contra la majestad de Dios (Cipriano, *Ep.*, 2, 1, 1) puesto que esta condena ya aparecía recogida en la Ley que Dios dictó a Moisés (*Deut.*, 22, 5). Esta actitud no cambió con la caída de Roma, lo que se plasmó en el olvido que sufrieron tanto el Coliseo, como los teatros y el Circo Máximo (Brandizzi-Vittucci, 1991, pp. 7-40). Gracias a los estudios de Jiménez Sánchez (2006; 2010), que analiza numerosos textos e historias, podemos comprender el motivo por el cual los monumentos destinados a los espectáculos dejaron de utilizarse. Se trataba de desvincularse de estos monumentos por el gran componente pagano que albergaban y, no debemos olvidarlo, seguramente por el recuerdo que evocaba en el pensamiento cristiano sobre las épocas de las persecuciones imperiales hacia su culto en el caso del Anfiteatro Flavio.

Por último, también se ha de abordar la destrucción de monumentos, donde cabe destacar la figura de Gregorio Magno. Sabemos, según el relato del Maestro Gregorio (6), que fue este Pontífice quien destruyó el Coloso que representaba al emperador Constantino, aunque trataremos este problema al tratar la figura de este personaje. Sin embargo, no parece que éste fuese un caso aislado, sino que los relatos medievales presentan a este Papa como un destructor de ídolos paganos. Parece que en su mayoría

¹² Incluso tras la caída del Imperio el Coliseo mantuvo su importancia simbólica y funcional, como demuestra su utilización por Teodorico para llevar a cabo *venationes* (Rea, 2000, p. 133). Este empleo por parte del ostrogodo debemos enmarcarlo en su ideario, cuyo fin último es presentarse como un continuador del orden imperial, como podremos comprobar al tratar el caso de los acueductos. En ese punto se alude a la posibilidad de que el tamaño de los acueductos fuera la razón que impulsó a Teodorico para utilizarlos, algo que también se podía relacionar con el Coliseo, monumento que sería visible en la mayor parte de la ciudad. La clausura definitiva del Anfiteatro Flavio se produjo en 523, aunque hay constancia de una corrida de toros en 1332 (Greenhalgh, 1989).

¹³ El recorrido histórico del Anfiteatro Flavio a lo largo de la Edad Media es demasiado extenso para poder tratarlo en nuestro estudio, pero ha sido tratado en multitud de ocasiones por la bibliografía moderna. Destacan los trabajos de di Macco (1971), Luciani (1990) y Rea (2002).

se trata de relatos inventados y que estas acciones no se llevarían realmente a cabo por Gregorio Magno (Buddensieg, 1965, pp. 44-65). Sin embargo, sí que debieron de producirse estos hechos a lo largo del Medievo, puesto que sabemos que no eran muchas las esculturas emplazadas en lugares públicos durante este periodo. Pero este proceso no afectó solamente a este tipo de piezas, sino que numerosos monumentos fueron expoliados. No podemos entrar a analizar estas actuaciones por falta de espacio, aunque se ha de señalar que en estas acciones no hubo intenciones ideológicas tras la reutilización de los materiales clásicos. Fundamentalmente, se debía a un factor económico, ya que era mucho más barato reutilizar piezas de construcciones abandonadas que importarlas del exterior. No debemos olvidar que en este momento Roma se había convertido en una ciudad eminentemente agraria y que su riqueza había disminuido de manera considerable en relación con el pasado.

4. 2. Los monumentos y las leyendas

La ciudad no sólo se cristianizó mediante la conversión de los antiguos monumentos en iglesias cristianas, sino que se creó todo un imaginario popular dentro de la urbe destinada a apoyar ese proceso. Es por ello que en este punto examinaremos estas leyendas, la cuales tenían como protagonistas a diversas construcciones de época clásica, como veremos a continuación.

En primer lugar trataremos una historia cuyos personajes principales eran Gregorio Magno y Trajano, considerado éste como uno de los grandes gobernantes del Imperio. Prueba de esta buena fama del emperador hispano la encontramos en la *Divina Comedia*. Para Dante, este emperador fue el único de entre todos los gobernantes de la Roma imperial que mereció ingresar en el Paraíso, entrada que se produjo gracias a la mediación de Gregorio Magno (*Par.*, 20, 43-46).

La leyenda narra cómo un día, al pasear Gregorio Magno observó uno de los relieves del Foro de Trajano. Así, conoció una historia mediante la cual, Trajano, que estaba preparando la expedición para conquistar la Dacia, recibió una petición de justicia por parte de una madre a cuyo hijo habían asesinado. El emperador le respondió diciéndole que atendería a su demanda cuando volviera, aunque la mujer continuó insistiendo en su petición. Ante esta situación, Trajano pospuso la campaña para poder impartir justicia. Esta leyenda se popularizó gracias a Dante (*Purg.*, 10, 73-94), y nos

muestra la imagen que se tenía del emperador hispano. Así pues, se relaciona a uno de los grandes emperadores con uno de los mayores pontífices, y además, se cristianiza al primero. Graf piensa que el objetivo de esta historia es crear un relato ejemplarizante para la sociedad contemporánea, especialmente debido a sus numerosas reediciones (1923, pp. 374-379). Pero, también podemos rastrear el recuerdo que evocaba el emperador en la memoria colectiva y que fundamentalmente se debía a la obra de Plinio y Tácito. El primero de estos escritores había definido a Trajano como *optimus princeps* y, por ello, una leyenda de este tipo encajaría con este personaje. Se trataba, pues, de crear un ejemplo de gobernante para los principales líderes europeos.

Sin embargo, el caso más interesante puede ser el del antiguo templo de Juno Moneta, que se convirtió en una iglesia cristiana, posteriormente conocida como Santa Maria in Aracoeli (Tollinchi, 1998, p. 65). Esta iglesia, situada en el Capitolio y que preside una gran escalinata realizada por Cola di Rienzo en 1348 (Tollinchi, 1998, p. 65, n. 57), fue la protagonista de una leyenda que circulaba en la Edad Media desde al menos el siglo XII, como se puede observar en los *Mirabilia Romae*:

Al tempo di Ottaviano imperatore, i senatori, vendolo in tanto splendore che nessuno poteva guardarlo negli occhi, e vendolo in tanta prosperità e pace, da aver reso tutto il mondo suo tributario, gli dissero: «Ti vogliamo adorare, perché possiedi qualità divine. Se così no fosse, non avresti fortuna in tutto». Resistendo a questa proposta, chiese di prendere tempo. Chiamò a sé la sibilla Tiburtina, alla quale riferì quello che avevano detto i senatori. La sibilla chiese tre giorni di tempo, durante i quali praticò un rigido digiuno. Dopo tres giorni rispose all'imperatore: «Sarà sicuramente così, signor imperatore: Il segno del giudizio, la terra sarà bagnata di sudore; dal cielo verrà il re che regnerà per secoli, presente in carne ed ossa, per giudicare il mondo», e il resto che segue. Subito si aprì il cielo e una luce abbagliante lo illuminò; e vide in cielo una vergine bellissima che stava sull'altare e teneva un bimbo tra le braccia. Si meravigliò molto, e udì una voce che diceva: «Questo è l'altare del figlio di Dio». Ed egli subito, gettandosi a terra, l'adorò. Riferì questa visione ai senatori e anch'essi se ne meravigliarono molto. Questa visione avvenne nella camera dell'imperatore Ottaviano, dove ora è la chiesa di Santa Maria in

Campidoglio. Per questo è chianata Santa Maria Aracaeli (Mirabilia Romae, 11, trad. Ponticelli Conti).

Esta leyenda resulta muy interesante, puesto que es anterior incluso a la construcción del templo. Sin embargo, no se ha estudiado detenidamente, siendo únicamente tratada hace ya más de un siglo por Huelsen (1907a). La historia, desde luego, se encuentra muy influida por la reinterpretación de la obra de Virgilio y de su égloga IV¹⁴. Tollinchi afirma que el relato puede remontarse hasta el siglo VI pero que la propia construcción no se puede datar antes del siglo XIII (1998, p. 65). En cambio, el testimonio literario que conservamos de mayor antigüedad, y que habla sobre esta leyenda, se fecha en el siglo VIII cuando un personaje, seguramente de origen griego debido a su nombre, Timoteo, narra la historia de Augusto y la Sibila. Huelsen la recogió del siguiente modo:

In the fifty-sixth year of his reign, in the month of October the emperor Augustus went to the Capitol to learn by prophecy, who should reign after him at Rome. The priestess told him that a Hebrew child, a God from heaven would come to break in pieces this house and drive away the old gods from their altars. Then Augustus went out from the prophetess and constructed on the Capitol a large altar on the summit of the hill and wrote upon it in Latin letters «this is the altar of the Son of God: Haec ara filii Dei est». And on the same spot was constructed, many years afterwards, the basilica of the blessed virgin Mary, which stands until this day. And this story is mentioned by Timotheus the chronographer (Huelsen, 1907a, pp. 41-42).

Mediante este relato sabemos que anteriormente a Santa Maria in Aracoeli ya existía una basílica dedicada a la Virgen, pero que aún no había recibido su posterior epíteto, por lo que debió ocurrir entre los siglos VIII y XIII. Sin embargo, sí que hay un testimonio anterior, del siglo VI, que habla de que Augusto construyó en el Capitolio un altar dedicado al “primogénito de Dios” (Juan Malalas, *Cronografía*, 232).

¹⁴*Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo. / Iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna, / iam nova progenies caelo demittitu alto (Églogas, 4, 5-7).* Estos versos constituyeron un importante elemento dentro del imaginario medieval, llegando a protagonizar algunas leyendas. Así, en la *Divina Comedia* de Dante, Estacio reconoce que se convirtió al cristianismo gracias las palabras de Virgilio (*Purg.*, 22, 25-93).

Al igual que en el caso anterior, hubo otra leyenda inspirada en el relato de Virgilio. Se trataba del supuesto Palacio de Rómulo, en realidad el Templo de Venus y Roma, sobre el que los *Mirabilia Romae* nos transmiten que: *Nel palazzo Romoliano ci sono due templi, della Pietà e della Concordia, dove Romolo pose la propria statua in oro, dicendo: «Non cadrà, finché non partorisca una vergine».* Subito, appena la vergine partorì, la statua crollò (6, trad. de Ponticelli Conti). Como se puede observar, el relato es muy similar al del Templo de Juno Moneta. Se trata de presentar a Roma como un elemento predestinado por Dios para difundir el cristianismo. De este modo, podemos explicar que los protagonistas fuesen Rómulo, fundador de la ciudad, y Augusto, emperador bajo cuyo reinado nació Jesús.

Otras leyendas difundidas durante la Edad Media en Roma, y que recogió Davis en su capítulo para la obra de Jenkyns (1995, pp. 62-90), trataban sobre una escultura de Venus que se vengó de un joven que le colocó una alianza en su dedo. Otra leyenda recogía una historia sobre el Panteón. Sobre este templo se decía que cuando fue reconvertido en iglesia, los demonios que habitaban en él abandonaron el edificio y el Diablo trasladó la piña que, según el relato, coronaba el monumento y lo colocó en San Pedro (Davis, 1995, p. 64)¹⁵. Estas historias tienen el mismo objetivo que las anteriores aunque el modo es diferente. No se cristianizan directamente monumentos ni zonas, pero sí se atacaba frontalmente al paganismo relacionándolo con la magia y los demonios. De este modo, se crea una imagen negativa de las antiguas creencias y por lo tanto, se presenta, de nuevo, al cristianismo como elemento salvador de la ciudad y su población. Además, nos hablan de otra realidad. Si se crearon estas leyendas es porque aún persistían elementos paganos entre la población de la ciudad, aunque seguramente no tuviesen relación con los ritos paganos, y los pontífices utilizaron las creencias populares para combatirlos. No tenemos constancia de cuándo se crearon, pero sí sabemos que durante el siglo V persistían estas creencias gracias a un relato que nos trasladan Zósimo y Sozomeno¹⁶.

¹⁵ Se trata de la Piña de bronce actualmente conservada en el Cortile del Belvedere vaticano, y que ya se encuentra citada por Dante en la *Divina Comedia (Inf., 31, 59)*.

¹⁶ Zósimo, V, 50-51; Sozomeno, *HE*, 9, 6, 107. Se trata de una historia en la que, supuestamente, durante el año 408, cuando se produjo el primer asedio a la ciudad por parte de las tropas de Alarico, el *praefectus urbis*, Gabinius Barbarus, decidió recurrir a arúspices etruscos para salvar Roma. Sobre esta narración y la postura del Pontífice Inocencio I ante esta práctica véase: Montero, 1990, pp. 405-412.

5. La utilización política de los monumentos romanos

Durante el Medievo no sólo se utilizaron los antiguos monumentos romanos como medio de propaganda religiosa, sino que también fueron susceptibles de la utilización política como modo de legitimidad. Esta función se heredó del propio Imperio Romano, el cual comprendía perfectamente lo que Paul Zanker denominó como “poder de las imágenes”¹⁷. Con la caída de éste, los ostrogodos ya continuaron con esta política, puesto que Casiodoro nos transmite que en esta época Teodorico realizó una serie de reparaciones sobre los acueductos de la ciudad¹⁸. El motivo está recogido en la misma obra de Casiodoro, pues el propio Teodorico vincula las antiguas construcciones con la gloria de Roma (*Variae*, 3, 30, 1). Esta idea la representó a través de los acueductos principalmente por dos motivos: su tamaño y su función. La envergadura de estas construcciones hacía que fueran visibles desde cualquier punto de la ciudad pero también transportaban agua, un recurso básico para la urbe. El hecho de que de estas dos razones estén vinculadas, explica por qué Teodorico prefirió reparar los acueductos en lugar de otros monumentos, como pueden ser los arcos triunfales, que habían servido durante la época imperial para difundir la ideología de los gobernantes.

Aquí ya podemos observar el alto valor ideológico que poseía la ciudad, aún cuando había sido sustituida políticamente por otros centros¹⁹. Incluso, durante el reinado de Focas (602–610) se levantó el último monumento de corte clásico de la ciudad: la Columna de Focas. Ésta se erigió en el año 608, sobre un pavimento del siglo III (Krautheimer, 1980, p. 67), en honor al nuevo emperador bizantino. No está claro si la Columna fue una nueva construcción o si se utilizó una del siglo IV, añadiéndole una inscripción y una escultura que aludían a Focas (Goodson, 2010, p. 51). En cualquier caso, pese a que su aspecto resulta mucho más simple y no tan cuidado respecto a las columnas de Trajano y Marco Aurelio, es inevitable apreciar la influencia de éstas en la obra de Focas, seguramente más de la primera que de la segunda, pues su fama era

¹⁷Zanker, P. (2005), *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid, Alianza.

¹⁸ Durante el periodo ostrogodo tenemos constancia de la reparación de seis acueductos: el *aqua Alexandrina*, el *aqua Claudia*, el *aqua Marcia*, el *aqua Tepula*, el *Anio Novus*, el *aqua Traiana* y el *Anio Vetus* (Coates-Stephens, 2003, p. 83).

¹⁹ La principal razón del declive y decadencia de la urbe se debe a la desaparición del Imperio Romano en Occidente. Sin embargo, anteriormente los emperadores habían relegado a la ciudad a una segunda posición *de facto*, pues algunos de ellos ni siquiera pisaron suelo romano durante su reinado, siendo el principal responsable de la urbe el prefecto urbano. Una vez establecida la Tetrarquía, se crearon nuevas residencias imperiales para los tetrarcas. Así, en Anatolia se situaría Nicomedia; en el mar de Mármara, Antioquía; Tesalónica en Grecia; en los Balcanes, Sirmio; en el norte de Italia, Milán; y por último, la ciudad de York (Krautheimer, 1980, p. 4). El “golpe” definitivo a Roma llegaría bajo el gobierno de Constantino, cuando fundó en el Oriente la ciudad de Constantinopla.

inmensa, tal y como se aprecia en la visita de Constancio II a Roma (Amiano Marcelino, 1, 10, 13-17). En cuanto al motivo de la construcción o la elección de esta pieza no parece complicado: la legitimación del nuevo emperador de Oriente. Pero, además de ver esta vinculación con el pasado, podemos observar cómo aún durante el siglo VII el espacio ocupado por el Foro tiene un gran valor simbólico, al menos para Oriente. De hecho, avanzada la Edad Media, sabemos que es un espacio deshabitado casi por completo y que formaba parte de la zona denominada por la historiografía como *disabitato*. Sin embargo, parece que en esta época aún se conservaba el aspecto exterior del área, pues como afirma Goodson (2010, p. 51), la columna se situó en un espacio alineado entre el Foro de Nerva y el Foro Romano, además de ser colocada sobre un zócalo de mármol.

5. 1. El conflicto entre el Pontificado y el Sacro Imperio

Con la unción de Carlomagno en la Navidad del año 800 se estableció un nuevo imperio en Europa, supuestamente continuador del antiguo Imperio Romano de Occidente. El Pontífice romano sería el encargado de nombrar a los nuevos emperadores, basándose en el documento conocido como la *Donatio Constantini*. Mediante este texto, el Papa recibía por parte del emperador romano el derecho de gobernar sobre Occidente, además de situar a la Iglesia romana en una posición privilegiada frente al resto de sedes eclesiásticas. Este documento, que era falso, como ya demostró Lorenzo Valla en su obra *Defalso credita et ementita Constantini Donatione Declamatio* (1440) por encargo de Alfonso V el Magnánimo, fue de suma importancia a partir del momento en el que comenzó el enfrentamiento entre el Papado y el Imperio. Así, los papas lo utilizaron para reafirmar su independencia y la relación de superioridad que deberían mantener frente a los emperadores²⁰. Por lo tanto, el

²⁰Para Tollinchi (1998, p. 487, n. 8) la principal razón para la elaboración del documento sería política, pues cree que pretendía presentar al papa como heredero del emperador y así podría expulsar a los bizantinos de la península itálica. Sin embargo, considero que la cuestión es más compleja. Tollinchi fija la redacción del documento entre los años 753-778 (1998, p. 487, n. 8), por lo que él cree que pudieron confundir la donación territorial de Pipino III, que correspondía a los territorios del exarcado de Rávena y la Pentápolis, durante el año 754, es decir, al mismo tiempo en el que según el autor se crea la Donación de Constantino, con los privilegios que otorgó a la Iglesia el emperador romano. Si aceptamos las fechas dadas por el autor no resulta factible que hubiera podido existir una confusión entre ambos hechos, pues uno de ellos es contemporáneo. Así pues, se debe descartar la tesis de Tollinchi y pensar que, en lugar de pretender ser una base para la expulsión de los bizantinos, es una justificación hacia la donación de Pipino. Pero éste no es el único motivo para la redacción del documento. A menudo se apunta demasiado al plano político en detrimento del religioso, también fundamental durante este periodo. Nos situamos a mediados del siglo VIII, es decir, cuando la iglesia de Occidente busca su primacía sobre el resto de las

objetivo del presente punto será exponer cómo este enfrentamiento tuvo su reflejo en los monumentos de la ciudad y observar con qué fines se usaron éstos.

En primer lugar, trataré el Obelisco que se encuentra actualmente ubicado en la plaza de la Basílica de San Pedro, ya que supuso una excepción frente al resto de los monumentos egipcios, que no fueron objeto de una reutilización ideológica. Para poder analizarlo, partiré de dos textos: uno del Maestro Gregorio y otro de Pero Tafur. Ambos describen la pieza y hablan de una leyenda relativa a él. El primero de ellos corresponde al siglo XIII:

A Roma ci sono molte piramidi, ma quella più bella di tutte è la piramide di Giulio Cesare, costruita con un'unica grande pietra di granito. Meraviglia molto pensare come si sia potuta tagliare, drizzare e far stare in piedi una mole tanto alta. Per quanto si dice è alta duecentocinquanta piedi. Alla sommità ha una sfera di bronzo, nella quale sono poste le ceneri e le ossa di Giulio Cesare (Maestro Gregorio, 29, trad. de Ponticelli Conti).

El segundo fragmento, al que aludía anteriormente, corresponde a Pero Tafur, por lo que data del siglo XV. Nos transmite la siguiente información:

“Al otro costado de ella está una alta torre fecha de un pedaço de losa, al modo de un diamante de tres esquinas, e puesto sobre tres carnícoles de latón; así que muchos, pensando que sea otra cosa santa, pasan entre el suelo e el asiento de aquella torre. Ésta obra fue fecha por reverencia de Jullio César e asignada por su sepultura, e encima de ella están tres mançanas gruesas doradas, en que están los polvos del emperador Gayo César. (...) Ésta es la que dizen el aguja de César, e en medio e al comienço e aun al cabo están algunas letras antiguas entalladas, que no se pueden ya bien leer, pero en efecto dicían cómo allí estavasepelido el cuerpo del César” (2009, pp. 33-34).

Ambos textos se refieren, como ya he comentado, al Obelisco que actualmente se encuentra emplazado en la plaza de San Pedro y que en época romana se hallaba en

sedes patriarcales, especialmente sobre la de Oriente con la que llevaba enfrentándose desde el siglo VI por la controversia del *filioque* y que finalizará con el Gran Cisma del año 1054. Es, por lo tanto, un documento que refleja el enfrentamiento político y religioso y que responde a unas circunstancias y a un momento concreto de la Historia. Esto nos ayuda a explicar el motivo por el cual no se utilizó en demasiadas ocasiones la Donación de Constantino a lo largo de la Edad Media, tal y como demostró Zinkeisen, quien da cuenta de sus usos (1894, pp. 625-632).

el Circo de Nerón. Hasta 1586 se encontraba situado junto a la antigua Basílica de San Pedro, momento en el que Sixto V lo trasladó a su actual ubicación²¹. Es interesante ver cómo un monumento típicamente pagano, como es un obelisco, se encuentra tan cerca de la residencia de los pontífices, y cómo en ningún momento pensaron en distanciarse de él. Tampoco el resto de obeliscos fueron derribados, pero ninguno de ellos entraba en relación de manera tan clara con el poder pontificio como éste. La explicación quizás la podamos encontrar en el propio texto de Pero Tafur y en el del Maestro Gregorio: ambos aluden a una leyenda generalizada entre la población de Roma que hablaba de que las cenizas de Julio César se encontraban depositadas en la parte superior del monumento. Teniendo en cuenta que, debido a la influencia que ejercía la obra de Suetonio, César era considerado como el primer emperador de Roma (Graf, 1923, p. 193), es posible pensar que los pontífices dejaran la pieza en su emplazamiento para poder presentarse como continuadores del Imperio Romano, obteniendo así legitimidad para su poder temporal. Esta idea ya es clara durante el Renacimiento, lo que propició que el Pontificado situara el Obelisco en su situación actual²².

No sabemos en qué momento se comenzó a difundir esta historia sobre la supuesta tumba de César, aunque la primera vez que aparece en un texto es en el siglo XII, en los *Mirabilia Romae* (6), donde se habla del *sepulcro di Giulio Cesare*. Tenemos constancia de que en el siglo XII ya era conocida por la mayor parte de los romanos, o al menos los estratos más altos de la sociedad. Si tenemos en cuenta el texto de los *Mirabilia*, el origen de la leyenda debe situarse, al menos, en el siglo XI. Por lo tanto, nos encontramos en la etapa final del enfrentamiento entre el Imperio y el Papado, que continuó hasta que Rodolfo I de Habsburgo (1273-1291) reconoció la superioridad de los pontífices sobre los emperadores. Sin embargo, en este momento la rivalidad ideológica continuaba y el Obelisco podía desempeñar un papel similar al de la *Donatio Constantini*, aunque mucho menor, pues su ámbito de actuación sería local. Así pues, considero que su función no estaría enfocada hacia el emperador directamente, sino más bien hacia sus partidarios dentro de la propia ciudad de Roma, con los que también mantenía un duro enfrentamiento, el cual será tratado en el siguiente punto de nuestro

²¹ El traslado de la pieza supuso una dura tarea para el momento, hecho que tenemos atestiguado gracias a Fontana, quien registró todo el proceso en su obra publicada en 1590.

²² Especialmente importante es el deseo que tuvo Bramante de vincular al Papado con Julio César en su proyecto para la nueva Basílica de San Pedro. Mediante esta idea pretendía presentar una unión entre César, supuesto fundador del Imperio, y San Pedro, fundador de la Iglesia cristiana. Sobre este tema véase: Temple, 2011, p. 184-189.

estudio. Por lo tanto, esta leyenda beneficiaba a los pontífices y, por ello, nunca se preocuparon de desmarcarse del obelisco pagano, sino todo lo contrario, puesto que posteriormente se cristianizó y se implantó en el centro de la plaza de San Pedro.

Esta teoría se puede sustentar en otro hecho. Sabemos que uno de los títulos que poseían los papas era el de *Pontifex Maximus*, mismo cargo que habían ostentado antiguamente los emperadores romanos. Sin embargo, este título fue progresivamente desapareciendo durante el Bajo Imperio, principalmente por el proceso de cristianización que se vivió durante este periodo. Así pues, no parece lógico que la adopción de este epíteto correspondiese a motivos religiosos, sino que se debería a razones políticas, ya que había sido un intento por parte del Papado de proclamarse como herederos de César. De este modo, se reafirmaría el poder temporal de los pontífices y disfrutarían de una posición de superioridad frente a los emperadores y a los reyes (Jenkyns, 1995, p. 17).

Estas acciones se contestaron desde el otro bando del conflicto, en este caso desde el Sacro Imperio, donde encontramos otra prueba del valor simbólico que poseía el Obelisco. Nos referimos a un sello de Enrique VII (1308-1313), el cual se hizo coronar emperador en Roma durante el año 1312. La pieza aparece rodeada por una leyenda, *ROMA CAPVT MVNDI REGIT ORBIS FRENA ROTVNDI*, y en la parte central se representa una selección de algunas de las más simbólicas construcciones de la ciudad. Por ejemplo, aparecen iglesias aludiendo al poder espiritual de la Iglesia, pero también la Columna de Trajano, símbolo de continuidad entre el Imperio Romano y el Sacro Imperio, como veremos posteriormente. También representado a la derecha se encuentra otro monumento de época antigua, que podría ser la *Meta Romuli* según Cavallaro (1984, p. 74), aunque creo que se trata más bien del Obelisco Vaticano. Si observamos la imagen, vemos cómo la parte superior de la estructura aparece coronada por una esfera, al contrario que el resto de imágenes medievales que conservamos de la supuesta tumba de Rómulo, el cual poseía una forma típicamente piramidal. No obstante, sí sabemos gracias a los textos descriptivos de Roma que el Obelisco Vaticano se encontraba rematado por una esfera (Maestro Gregorio, 29), donde supuestamente se encontraban las cenizas de Julio César. Si bien no sería extraña una alusión a Rómulo como fundador de la ciudad, no lo es menos una a César, como primer emperador de Roma. Finalmente, nuestra teoría cobra mucha más fuerza si tenemos en cuenta una obra medieval titulada *Liber Imperialis*, de época de Enrique VII. Este escrito se

encuentra dividido en cuatro partes: las dos primeras están dedicadas a Julio César, mientras que el resto trata acerca de los sucesores de éste, siendo el último el propio emperador Enrique VII (Graf, 1923, p. 198). Por lo tanto, el objetivo final de la obra parece presentar al gobernante del Sacro Imperio como heredero final de César, misma razón por la que se representaría el Obelisco en el sello, y de este modo, mostrarse como legítimo heredero del poder imperial.

Volviendo a Roma, encontramos otro tipo de monumentos que fueron utilizados por el Papado para reafirmar su poder temporal. Nos referimos a las esculturas, muy escasas las que durante la Edad Media se encontraban situadas en espacios públicos. La más importante de las conservadas era la estatua ecuestre en bronce de Marco Aurelio, que desde la reforma de Miguel Ángel en 1538 presidía la Piazza del Campidoglio y desde el año 1990, tras una larga restauración, se encuentra en los Museos Capitolinos, con copia en la Piazza del Campidoglio. Ya se hace mención de esta figura en el Códice de Einsiedeln, aunque aparece bajo la denominación de “el Caballo de Constantino” (1; 7). Este es el primer elemento que debemos destacar, el desconocimiento existente durante la Edad Media por parte de la mayoría de la población en torno a esta pieza, puesto que conservamos varias identificaciones de ella: la primera ya hemos visto que se refiere a Constantino, y se recoge también en los *Mirabilia Romae* (15), aunque no comparte esta teoría, y en la obra de Benjamín de Tudela (*Libro de viajes*, 11); en la obra del Maestro Gregorio (4) también se recogen otras denominaciones: Teodorico, Constantino, Marco o Quinto Quirino; por último, poseemos la interpretación de Pero Tafur, quien entiende que el jinete es el famoso Mucio Scévola (2009, p. 36). Exceptuando la última, puesto que es una interpretación puramente personal y no tuvo ningún tipo de repercusión en la ciudad de Roma, el resto de las identificaciones reflejaban diferentes corrientes de pensamiento dentro de la urbe, siendo el libro de Maestro Gregorio (4-5) el que más explicaciones nos transmite sobre este tema y los argumentos en los que se basa cada interpretación.

Sin embargo, pese a la diversidad existente, la más importante y la más difundida de todas las teorías era, sin ninguna duda, aquella que aludía a Constantino. Además, también es un dato interesante el emplazamiento que ocupaba durante el Medievo, puesto que su lugar no era el Capitolio. A este respecto destacan las descripciones de los *Mirabilia Romae* y del Maestro Gregorio. En el primer texto se recoge que “in Laterano c’è un cavallo d’oro che è detto di Constantino” (*Mirabilia*

Romae,15, trad. Ponticelli Conti), mientras que en la segunda obra la referencia es más explícita: “un'altra statua di bronzo è davanti al palazzo del papa, cioè un immenso cavallo, e il suo cavaliere, che gli stranieri dicono essere Teodorico, il popolo romano afferma che sia Constantino” (Maestro Gregorio, 4, trad. Ponticelli Conti).

Por lo tanto, no cabe ninguna duda de que la escultura se encontraba en frente del palacio papal, situado en el Laterano, residencia de los pontífices hasta el exilio en Aviñón. Además, hemos de tener en cuenta que su establecimiento original no era éste, aunque existen dudas del lugar en donde se hallaba en el momento de su erección (Richardson, 1992, p. 145), por lo que hubo de ser trasladado a la zona del Laterano. Sabemos que, hasta al menos el siglo XII, la escultura se encontraba situada en el Foro (*Códice de Einsiedeln*, 1; 7), aunque ya en el siglo XIII el Maestro Gregorio la nombra junto a San Juan de Letrán. Por lo tanto, el transporte de la pieza hubo de ocurrir entre estos años, momentos previos al exilio en Aviñón, cuando el Pontificado se encontraba en una situación de debilidad.

En cualquier caso, el Papado seguramente promocionó la interpretación constantiniana del monumento por encima del resto, pues les era muy favorable. De nuevo, hemos de volver a la relación de Constantino con la legitimidad de la Iglesia y la *Donatio Constantini*. El emperador, para la cristiandad romana, pasó a la Historia como el gobernante que dotó a la Iglesia de libertad y la otorgó una posición de privilegio, además de concederle, según la ideología eclesiástica medieval, un poder temporal sobre Occidente y espiritual sobre el resto de iglesias cristianas. De este modo, gracias a la escultura, el Papado podía reafirmar y reclamar su posición honorífica desde la desaparición del Imperio en Occidente cuando se hubo de enfrentar religiosamente al Oriente bizantino, y al Sacro Imperio, donde la rivalidad era puramente política.

Tenemos también, por último, noticia de otra escultura aunque el autor que nos habla de ella la confunde con otra. Nos referimos a la escultura colosal de bronce que representaba a Constantino y que actualmente se encuentra expuesta en los Museos Capitolinos de Roma. El texto nos lo transmite el Maestro Gregorio, y considero que reproducirlo aquí nos servirá de ayuda, pues nos habla de su recorrido y de la visión que se tenía de ella en el Medievo:

Il terzo monumento è quell'immagine del Colosseo che alcuni ritengono la statua del Sole, altri l'effigie di Roma. Meravigliosa per questi motivi: in che modo una mole così grande poté esser fusa e poté esser eretta e stare in

piedi; è un fatto stupefacente. La sua lunghezza fu infatti, come ho trovato scritto, di centoventisei piedi. Questa immagine tanto grande stava nell'abitato di Erodio, sopra il Colosseo, quindici piedi più in alto dei luoghi più alti della città. Nella mano destra teneva una sfera, e nella sinistra una spada. La sfera significava il mondo e la spada il valore in guerra. I romani posero la spada nella sinistra e la sfera nella destra, per indicare che ci vuol meno valore a conquistare, piuttosto che a conservare quanto si è già conquistato. Qualcuno esepo di filosofio affermò: Com'è facile per gli dei dare il potere, e difficile conservarlo!²³.

Perciò non per altro posero la sfera nella parte più salda e la spada in quella meno salda, se non perché fu minore il valore speso per soggiogare il mondo che non quello utilizzato per conservarlo. Questa statua bronzea, tutta dorata con oro imperiale, faceva luce nelle tenebre. La cosa di gran lunga più mostruosa era che, con moto continue e uniforme, girava secondo il movimento del sole, presentando sempre al corpo del sole la faccia opposta. Perciò, per il movimento era creduta un'immagine del sole. Finché Roma prosperò, chiunque venisse a Roma la adorava in ginocchio, rendendo onore a Roma, la cui immagine il supplice venerava. Dopo la distruzione e la deturpazione di tutte le statue che erano a Roma il beato Gregorio distrusse questa statua in tal modo. Non riuscendo a far spostare una mole così grande con tentativi condotti con grande sforzo, ordinò di mettere sotto l'idolo un gran fuoco e così quell'immensa statua fu ridotta all'antico stadio di materia indistinta. E tuttavia la testa e la mano destra con la sfera sopravvissero all'incendio. Ora fanno mostra di sé poste su due colonne davanti al palazzo del papa, mirabile spettacolo per tutti gli spettatori (6, trad. Ponticelli Conti).

Como hemos visto, se trata de un texto amplio del cual podemos extraer una valiosa información. En primer lugar, hemos de señalar que el autor del texto confunde la escultura que representa a Constantino con el coloso de Nerón, situado junto al Anfiteatro. También ha olvidado que en un principio la escultura a la que alude representaba al emperador de la dinastía de los Julio-Claudios, antes de ser remodelada y representar a la deidad solar. En cualquier caso, el texto nos dice que fue Gregorio

²³ En este pasaje el Maestro Gregorio se refiere a Lucano (BC, 1, 510-511).

Magno quien destruyó la gigantesca escultura, pues la consideraba como representación de un ídolo pagano.

Tras ver este desconocimiento y la razón por la que fue destruida la escultura cabe preguntarse, ¿qué hubiera pasado si el pontífice hubiera sabido que se trataba de una representación de Constantino en lugar de un dios pagano? Probablemente, la escultura hubiera sobrevivido a la destrucción del pontífice. Esta afirmación es posible realizarla si establecemos una comparación con el resto de piezas que aludían, ya fueran mediante historias reales o puras invenciones, a dicho emperador. El ejemplo más claro, y también el más similar respecto a la pieza que estamos tratando ahora, es la escultura ecuestre de Marco Aurelio. Ya hemos podido ver cómo esta representación se pudo salvar de la destrucción porque servía a los intereses del Pontificado, debido a su supuesta identificación con Constantino.

También es muy interesante observar en el texto la evolución que tiene el Pontificado respecto a las piezas antiguas. En este punto, partimos de la base de que al escribirse el pasaje aún se pensaba que tanto la cabeza como la mano conservada representaban a un dios solar. Por lo tanto, si la actitud frente a los restos clásicos hubiese sido similar a la de Gregorio Magno se hubiera intentado destruir de nuevo los restos existentes o, en el mejor de los casos, no se hubiera otorgado a las piezas un lugar de privilegio al colocarlas sobre columnas, debido a que se tuvieron que trasladar la cabeza y la mano hasta su nueva posición. Aunque la tenencia de esculturas antiguas pudiera resultar un elemento de prestigio, no podemos saber si había intención ideológica en esta acción, pues, gracias al texto del Maestro Gregorio, sabemos que se seguían considerando restos de un ídolo pagano.

Encontramos, por último, otro ejemplo de vinculación entre los pontífices y Constantino. Nos referimos al momento en el que Pio II (1458-1464) hizo reconstruir con mármoles del Coliseo las denominadas Escaleras de Constantino (di Macco, 1971, pp. 50-52; Lanciani, 1989, pp. 65-66) con motivo del traslado de la cabeza de san Andrés a Roma, en la Semana Santa de 1462. La importancia de esta acción se encuentra, en primer lugar, en la localización de la escalinata, puesto que se hallaba en frente de la Basílica de San Pedro. Pero, además, cabe destacar otro hecho, puesto que el Pontífice ordenó que se erigieran dos esculturas colosales de san Pedro y san Pablo en la base de las escaleras (Rubinstein, 1988, p. 199). Estos tres personajes, el emperador y los dos apóstoles, eran los protagonistas de los *Actus Sylvestri*, donde se relata la

conversión y el bautismo de Constantino²⁴. Según el relato, el emperador se encontraba enfermo de lepra y en cierto momento a Constantino se le aparecieron Pedro y Pablo en sueños, convenciéndole para que visitara al Papa Silvestre, el cual se había refugiado en una cueva del monte Socratea causa de las persecuciones hacia los cristianos que había llevado a cabo el propio Constantino. Finalmente, el episodio acaba con el bautismo del emperador, curando su enfermedad, ejemplificando el poder del bautismo. En consecuencia, el emperador hizo que se promulgasen una serie de disposiciones a favor del Cristianismo y de la Iglesia romana. De nuevo, se vuelve a aludir a la *Donatio Constantini*, que fue una continuación de los ya citados *Actus Sylvestri*, y que poseía una importancia mucho mayor que éstos.

5. 2. El enfrentamiento entre la población romana y el Papado

Los pontífices no solamente hubieron de oponerse al Sacro Imperio, sino que dentro de la propia Roma tuvieron numerosos enemigos. La rivalidad más importante a la que tuvo que enfrentarse el Papado fue principalmente la aristocracia romana. Este sector de la población aspiraba a convertirse de nuevo en un actor principal dentro de la vida política de la urbe, al igual que lo fue durante el antiguo periodo republicano. Para contrarrestar estos movimientos, la Iglesia llevó a cabo la Reforma Gregoriana, que, lejos de aliviar las tensiones sociales, las recrudeció. En consecuencia, se produjo una revuelta en 1143, mediante la cual se volvía a instituir un Senado en Roma. A partir de este momento, los senadores asumieron de manera propia la representación de la ciudad frente al Pontífice, lo que provocó un estado de tensión política que no se resolvió hasta que Clemente III (1187-1191) reconoció a esta institución y viceversa. En este momento, el Senado aumentó el número de sus miembros, introduciendo a personajes nobles ligados al poder pontificio. Así, el Papa aseguraría la supremacía eclesiástica, aunque, de nuevo, en menos de un siglo se produjo otra revuelta para reafirmar la autonomía del Senado. Esta se llevó a cabo durante el año 1234, aunque no fructificó y este órgano perdió su derecho de acuñar moneda y percibir tributos. Finalmente, la situación se resolvió de manera definitiva cuando Nicolás III (1277-1280) pudo imponerse, siendo elegido como senador y asumiendo todo el poder.

²⁴ Sobre este episodio véase: Canella, 2006.

Este proceso, que he intentado sintetizar en apenas un párrafo, tuvo su impacto en el paisaje urbano de la ciudad, aunque de manera escasa, puesto que la mayor parte de los monumentos eran propiedad del Pontífice o de sus partidarios. Por parte del Pontificado, se utilizaron varios monumentos para demostrar independencia frente a los aristócratas, aunque este tema ya lo hemos tratado anteriormente. Pero no solamente hicieron un uso personal de las estructuras clásicas, sino que también utilizaron los monumentos para obtener el apoyo de ciertas familias poderosas, pues lógicamente, no toda la aristocracia se encontraba en contra del poder eclesiástico. El caso más evidente fue el de la familia de los Frangipane. Éstos surgieron como familia importante, seguramente, bajo el Pontificado de Gregorio VII (1073-1085) y posteriormente aparecieron como cónsules de Roma y condes del Palacio de Letrán, participando en la administración pontificia, sobre todo durante el siglo XII. Gracias a la influencia que ejercieron, pudieron ocupar algunas zonas monumentales de Roma²⁵, como es el caso del Foro, en cual construyeron la denominada Torre Cartularia (Rodríguez López, 1995, p. 316).

Por su parte, los aristócratas que se oponían al poder pontificio, utilizaron principalmente la figura de Trajano para presentar sus aspiraciones políticas. Anteriormente, ya he mencionado el sello de Enrique VII en el que aparece representado el Obelisco Vaticano. En esta misma pieza, en el lado izquierdo de la misma, aparece representada la Columna de Trajano, lo que nos transmite el alto valor simbólico que aún poseía. Aunque el auge del Foro de Trajano será posterior, ya durante el Medievo la zona poseía un gran prestigio gracias a las descripciones que hicieron Amiano Marcelino y Casiodoro, quien llamó “milagro” al Foro de Trajano

²⁵ Pese a que en el texto tratamos un ejemplo del siglo XII, la apropiación de monumentos por parte de familias aristocráticas comenzó muy pronto, prácticamente tras la caída del Imperio Romano de Occidente, según atestigua la arqueología. Se ha encontrado un epígrafe del siglo V con el siguiente texto: PAT(TRICI) DECI (AE, 1996, 244). Siguiendo la teoría de Rea (2000) para un hallazgo similar en el Anfiteatro Flavio, y que posteriormente tendremos ocasión de tratar, este Decio marcaría mediante esta inscripción su derecho de propiedad sobre esta zona para poder expoliarla. Además, hemos de tener en cuenta que si este patricio pudo colocar públicamente su nombre de manera tan clara para tal fin, hubo de ser porque era una práctica permitida por el poder godo. Teoría que cobra fuerza si tenemos en cuenta un texto de Casiodoro, que nos transmite que el expolio se permitió en otras zonas como Catania (*Varie*, 3, 49). Para el siglo VI conservamos un epígrafe muy interesante, en entre los arcos XIV-XV del Coliseo, en el que aparece escrito el siguiente texto: GERONTI V(IRI) S(PECTABILIS) (AE, 1990, 29). El autor de la inscripción parece que fue un senador de segundo grado entre los años 487 y 513 (Meneghini y Santangeli, 2004, p. 70) y, puesto que el nombre aparece en genitivo, parece indicar una propiedad sobre esta zona del Coliseo (Meneghini, y Santangeli Valenzani, 2004, p. 70). Según Rea (2002) este personaje pudo usar esta sección como cantera para otras construcciones, pues si bien el último espectáculo del Coliseo es en 523, no hace falta que esté abandonado para que se reutilicen sus materiales, pues su tamaño es demasiado grande para la población de la ciudad y es capaz de acoger la demanda que se le exigía.

(*Variae*, 7, 6). También porque aparecía recogido ya en el Códice de Einsiedeln (8) como monumento digno de ser visitado.

Sobre la historia de la Columna, sabemos que durante el siglo XI el monumento y su territorio pertenecían al monasterio de San Ciriaco, el cual usó el basamento de la construcción como necrópolis y la propia columna como campanario (Cavallaro, 1984, p. 72). Sin embargo, el periodo más importante y significativo para nuestro estudio data del siglo XII, cuando Roma estaba gobernada por una Comuna, es decir, por un grupo de nobles enfrentados con el Papado por el poder de la ciudad. Es en este contexto, cuando el gobierno comunal promulgó un edicto el 18 de marzo del año 1162 que pretendía solucionar la cuestión sobre la propiedad de la Columna, problema que había surgido recientemente (Cavallaro, 1984, p. 73). Se reconocía la propiedad eclesiástica del monumento, pero también se guardaba un derecho de vigilancia sobre la buena conservación de ésta por parte del Senado. Además, se fijaron unas penas gravísimas, incluida la pena de muerte, para quien osara violar el monumento, siendo una de las primeras normativas que trataron de conservar las antiguas construcciones de época romana.

El hecho más interesante lo encontramos al comparar la Columna de Trajano con la de Marco Aurelio, construcciones similares originalmente, tanto en forma como en finalidad. Según los datos que poseemos actualmente, ésta no fue objeto de una utilización política, al contrario que la de Trajano. Además, sobre este monumento apenas poseemos datos históricos concernientes al periodo medieval, debido a su escasa importancia en el imaginario colectivo medieval. De hecho, la primera gran intervención sobre la Columna se debe a Sixto V (1585-1590), quien ordenó en 1588-1589 a Domenico Fontana que restaurase este monumento (Coarelli, 2008, p. 73). La mejor descripción del estado de esta pieza la encontramos precisamente en el siglo XVI, cuando el propio Fontana escribió en su obra sobre el transporte del Obelisco Vaticano:

Ben maggiordifficultà fu nellacolonna Antonina la quale parte per l'antichità, e parte per esserstataabrugiata da Barbari era ridotta a tal termine, che pareva imposible, non che difficile a ristorarla, perché in moltiloughistavaaperta e crepata e in moltiluoghi vi mancavanopessi di marmograndissimi, a tale che spaventavachi la mirava(1590, p. 99).

Por lo tanto, ¿cuál fue la motivación del Senado para emitir el edicto sobre la conservación de la Columna de Trajano? Ya hemos apuntado la tensión existente entre

algunos nobles y el Papado en torno a la relación de poderes. Quizás esta sea la explicación más plausible, pues solamente tenemos constancia del intento de preservar la Columna de Trajano y no del resto, como la de Marco Aurelio. El emperador de origen hispano, gracias en gran parte a los escritos de Plinio el Joven y Tácito, pasó a la Historia como prototipo de buen gobernante que no ejerció el poder de manera despótica, sino que tenía en cuenta las opiniones del Senado y siempre que le era posible acudía a las reuniones de este órgano, manteniendo el equilibrio con la tradición institucional republicana. Así pues, la preservación de la Columna para el Senado sería algo más que un asunto puramente material, más bien simbólico y una declaración de intenciones hacia el Papado. La promulgación del edicto se produjo 25 años antes de la conciliación entre el Senado y Clemente III, es decir, el enfrentamiento era aún evidente. Por ello, es posible que el mensaje transmitido por los senadores no estuviera directamente destinado al Papado, sino al emperador del Sacro Imperio. De este modo podemos explicar también el sello de Enrique VII. En éste aparecería la Columna para presentarse como un emperador semejante a Trajano, es decir, no autoritario y dialogante con las aristocracias romanas que apoyaban al Imperio. Se trataba, pues, de establecer una alianza entre ambos grupos con el fin de enfrentarse al poder eclesiástico.

En cuanto al resto de la población romana, hay que señalar que también los sectores más humildes reclamaron una participación mayor en los asuntos públicos de la ciudad, al menos desde siglo XIII. En este momento el pueblo afirma su deseo de crear un sistema más democrático con órganos de representación más amplia y así alinear a Roma con otras comunas italianas (Nieto Soria, 1996, p. 64). Estas reclamaciones no tuvieron un impacto en la ciudad, puesto que se trataba de las personas con menos recursos de Roma, aunque gracias a Pero Tafur conocemos una fiesta popular que se celebraba y que aludía explícitamente al pasado romano. En primer lugar, hemos de señalar que, pese a que no este relato no se encuentra relacionado de manera directa con nuestro estudio, sí que considero interesante tratarlo con el fin de completar una visión sobre las tensiones políticas que vivió la ciudad durante este periodo. Así pues, el texto nos transmite lo siguiente:

“Dizen que, por no perder el derecho [los romanos] que tienen a ser señores del mundo, como ya lo fueron, que un día del año fazen una protestación contra el papa, diziendo que ellos están prestos para sojudgar el mundo según solían, que no pierden el derecho que dello tienen, pues que el papa

ge lo estorva. E esta protestación se faze el martes de Carnestollendas. E pluguiese a Dios que ya ellos fuesen para regir a sí mismos, e no fuesen como los italianos dizen por ellos, que son vituperio de la gente, dados a todos vicios, e así todos los maltratan” (Pero Tafur, 2009, pp. 39-40).

En primer lugar hay que señalar una evolución en el concepto que de sí mismos tenían los habitantes de Roma, puesto que ya en el siglo XV no se tratan de equiparar con el resto de Italia, sino que se presentan como un pueblo superior que debe gobernar sobre el resto de territorios habitados. De este modo se recuperaba la idea ya expuesta por Virgilio sobre el destino de los romanos²⁶.

Las explicaciones que podemos dar para este pasaje de Pero Tafur son principalmente dos: la primera de ellas entraría en relación con el enfrentamiento entre la nobleza y el Papado por el control del poder y cómo el primer grupo usaría a la población de Roma como medida de presión en contra del Pontificado. Hemos de pensar que mucha de la población con menos recursos de la ciudad dependería del trabajo que consiguiera en las grandes propiedades nobiliarias y este hecho podía ser utilizado por la nobleza para poder recuperar su menguado poder.

La otra interpretación puede corresponder a que entre el pueblo había surgido una especie de “conciencia de clase” y demandara una mayor participación política, siempre restringida, obviamente. Este pensamiento pudo surgir un siglo antes, cuando Cola di Rienzo estableció el gobierno comunal basado en la antigua República Romana, que recordemos poseía asambleas formadas por los ciudadanos que ejercían una parte del poder, especialmente los Comicios Tribados. Es posible que durante los discursos que realizaba frente al pueblo romano aludiese a esa parte de la historia de la antigua Roma –pues desde joven había leído a autores como Tito Livio, Séneca o Julio César (*Vita di Cola di Rienzo*, 1, 1)– siempre de una manera idealizada y distorsionada para ganarse el favor de la población. Conservamos algunos fragmentos de estos discursos en la biografía de Cola di Rienzo escrita por un personaje anónimo. Por ejemplo, sabemos que un día en San Juan de Letrán, tras acabar su sermón mandó leer una carta en la que se decía: *con l’ autoritate che lo popolo di Roma concedeva a Vespasiano imperatore* (*Vita di Cola di Rienzo*, 1, 3). Es decir, el pueblo otorgó al emperador la capacidad de

²⁶Virgilio, *En.*, 6, 851-853: *Tu regere populos, Romane, memento / hae tibi erunt artes, pacisque imponere morem, / parcere subiectis et debellare superbos.*

gobernar. Así pues, al volver el Papado a Roma y ejercer el poder de manera más personal se pudo haber encontrado con un rechazo de los romanos.

En cualquier caso, considero que la naturaleza de esta fiesta está en relación con la vuelta de los pontífices a Roma en el año 1378 y la implantación del nuevo gobierno papal, como tantos otros hechos que ya hemos tenido ocasión de comentar anteriormente.

6. Conclusiones

Una vez visto que las vinculaciones son en muchos casos evidentes, podemos concluir una serie de ideas. Se debe destacar que estas políticas relacionadas con los monumentos de Roma perseguirían objetivos geográficos muy limitados, puesto que el número de personas capaces de ver los monumentos sería escaso. Bien es cierto que durante la exposición hemos dedicado un apartado al estudio del impacto que tuvo en la urbe el conflicto entre el Papado y el Imperio, pero en realidad no sería el emperador el destinatario de estos mensajes. Esto se debe a que el gobernante del Sacro Imperio, en la mayoría de los casos, no tendría constancia de estos usos, puesto que en muchos casos ni visitarían la propia urbe. Esta función, la destinada directamente al emperador, estaría más cubierta por la literatura, en especial por la *Donatio Constantini*, debido a que la difusión de estas piezas era mucho más fácil. Esta teoría parece confirmarse por la ausencia de otros elementos que podrían representarse mediante monumentos y que al mismo tiempo se pudieran distribuir por Europa. Nos referimos principalmente al uso de sellos, un caso bastante claro en el Sacro Imperio, tal y como hemos visto con Enrique VII, que se pretendía presentar en la documentación como un legítimo heredero del Imperio Romano, a través de Julio César y de Trajano. Por lo tanto, si el emperador no era el destinatario de esta propaganda, éste debía ser la propia población de la ciudad de Roma.

Dentro de la propia urbe existen dos tendencias políticas entre las familias de la aristocracia romanas: aquellas que apoyaban al Papado y las que se aliaron con el emperador, posturas que podemos enmarcar en la lucha entre las facciones de güelfos y gibelinos. Es a estas familias a las que se dirigía el Pontífice a través de los usos de los monumentos clásicos, puesto que suponían el principal grupo opositor y el apoyo del Sacro Imperio en Roma. Se trataría, por lo tanto, de un enfrentamiento, ya no por la legitimidad en el ejercicio del poder, elemento que por supuesto se encontraba presente, sino por conseguir el mayor número de apoyos posible.

Pero no solamente se trata de un modo de conseguir aliados, sino que a través de los monumentos se presentaban dos modos de gobierno diferentes, cuyos principios eran, en ocasiones, opuestos. En este sentido, convenía destacar algunos personajes cuya importancia hubiera sido relevante para la historia del Imperio. En este caso cabe apuntar principalmente a tres gobernantes: Julio César, Trajano y Constantino. El primer ejemplo es puramente práctico. Como ya hemos señalado anteriormente,

Suetonio ejerció una notable influencia para difundir la idea de que Julio César era el primer emperador que gobernó Roma. Es, por lo tanto, una legitimidad básica, puesto que se presentaban como los herederos lícitos del poder imperial. Esta es la razón principal por la que solamente encontramos esta reivindicación en la propaganda de los gobernantes del Sacro Imperio y del Papado, principales interesados en reafirmar su poder temporal, mientras que para el Senado era una vinculación carente de sentido. Pero también observamos un mayor interés por parte del poder imperial. Véase el caso del sello de Enrique VII o el *Liber Imperialis*, en comparación con el del Pontificado, quien solamente utilizó el Obelisco Vaticano. Seguramente se deba a la naturaleza pagana del personaje, que podía ser utilizado de una manera más satisfactoria por un poder eminentemente civil, que por otro que se encontraba estrechamente vinculado a la fe cristiana. En este sentido, destaca la ausencia de leyendas alusivas a la figura de César, que no se trató de cristianizar por medio de ninguna historia, como en otros casos. Quizás esto no se produjo por la dificultad que planteaba reconvertir a este personaje pagano en otro cristiano, puesto que en el momento en el que César vivió aún no había nacido Cristo y no se encontró un modo adecuado para ello. De hecho, esta es la razón por la que Dante incluyó a César en el limbo en lugar del Paraíso (*Par.*, 4, 33-123).

Sobre Trajano se debe destacar el grupo formado por los principales opositores al poder hegemónico ejercido por la Iglesia en Roma: el Senado y el Sacro Imperio. Esta oposición se produjo por las semejanzas que presentaban como alternativa al gobierno pontificio. Se basaron en un emperador que Plinio relataba como ejemplo de consenso y de respeto hacia los grupos aristocráticos. Lógicamente, era un modelo muy adecuado para ambos sectores, puesto que de este modo el Sacro Imperio podía ganarse apoyos dentro de la propia ciudad de Roma y el Senado, a su vez, veía respaldadas sus acciones por el principal estado del Occidente europeo. Se trataría de una supuesta alianza entre estos dos grupos contra el Pontificado, aunque también se ha de señalar que la aristocracia romana intentó crear una comuna independiente en términos políticos, como durante la revuelta de mediados del siglo XII liderada por Arnaldo de Brescia, aunque estos proyectos no fructificaron. Quizás, por ello, se buscó también el acuerdo con el Sacro Imperio, puesto que si Roma dependía del gobierno imperial, sería un territorio periférico del mismo y su control no sería tan exhaustivo. Además, no debemos olvidar que había muchos intereses en controlar la ciudad de Roma por parte

de todos los poderes, no sólo por el propio territorio, sino como elemento de prestigio, al menos para el Sacro Imperio.

El método utilizado para esta vinculación política fue el principal vestigio de época de Trajano que aún quedaba en pie durante la Edad Media: la Columna de Trajano. Este monumento, fácilmente identificable dentro de la ciudad, lo utilizó el Senado en la medida de sus posibilidades, emitiendo una de las primeras legislaciones protectoras de monumentos. Sin embargo, de nuevo se encontraron con un problema, y es que Trajano, al igual que Julio César, no era cristiano. En este caso, el conflicto era menor, puesto que los poderes que reivindicaban su figura eran eminentemente civiles, pero aún así su figura se cristianizó. Este proceso se pudo llevar a cabo gracias a la figura de Dante, uno de los personajes que más apoyo teórico mostró al emperador frente al Papa, quien popularizó la leyenda que vinculaba a Trajano con Gregorio Magno.

Por último, tenemos el caso de Constantino, quien fue utilizado principalmente por el Papado, aunque los emperadores germanos también aludieron a él. Para los pontífices era el principal elemento de legitimación, puesto que en él basaron su poder temporal y espiritual, y por ello unieron ambos conceptos en algunos monumentos. El poder civil estaría representado por la propia figura de Constantino, la cual siempre estaría acompañada de algún elemento que recordase a la religión cristiana. En el caso de la escultura ecuestre en bronce de Marco Aurelio sería la Basílica de San Juan de Letrán, mientras que en las Escaleras de Constantino serían las colosales estatuas de San Pedro y San Pablo. Se trataba, por lo tanto, de asimilar ambos poderes presentando la idea de que si el poder espiritual le era aceptado por el Occidente europeo, también lo debería ser el temporal, puesto que ambos emanaban de la misma fuente. Éste fue el principal elemento al que recurrieron los pontífices romanos a la hora de buscar elementos clásicos con los que vincularse, pese a que podrían haber utilizado otros, como la figura de Teodosio, especialmente en el campo religioso. La continua alusión a Constantino nos demuestra que el principal fin de los pontífices no sería la reafirmación religiosa, sino el poder político, mucho más disputado durante todo el Medievo.

Esta es la misma razón por la que los emperadores germanos usaron esta vinculación. Especialmente, se dio en los primeros gobernantes del Sacro Imperio, puesto que debían legitimar su posición. Así, se entiende que Carlomagno trasladase una escultura ecuestre desde Rávena hasta Aquisgrán, la cual recordaba a la escultura de

Marco Aurelio en Roma, identificada con Constantino (Greenhalgh, 1987, p. 27). Es un tema que no hemos tratado en profundidad, puesto que no es el objetivo de nuestro estudio, pero en este caso el destinatario de esta propaganda no estaría en Roma, sino en los nuevos súbditos del Sacro Imperio y, especialmente, el Imperio Bizantino.

En relación con lo anterior, resulta muy interesante el hecho de que se hiciera alusión al pasado imperial de Roma, y no al republicano, momento en el que el Senado y, por extensión, la aristocracia, gozarían de un poder mayor que bajo el mandato de los emperadores. Sin embargo, la explicación sobre este hecho puede hallarse en la dificultad que habría durante el Medievo por acceder a información de la época republicana. El paisaje urbano heredado de la época anterior al gobierno de Augusto resultaba escaso, puesto que desde el gobierno de éste la ciudad había ido transformándose progresivamente en favor del gobierno imperial. Aunque sí que algunas de estructuras pudieron ser susceptibles del uso por parte del Senado y de la aristocracia, como es el caso de la Curia. No obstante, hemos visto en la exposición cómo el Papado cristianizó muy pronto esta construcción, eliminando el componente cívico de la misma y creando un nuevo espacio religioso, el cual desempeñaba un papel importante en las procesiones eclesíásticas. Por lo tanto, parece que desde el comienzo del control pontificio de la ciudad, se buscó fortalecer el poder de la Iglesia eliminando aquellos símbolos que pudieran ser utilizados como propaganda contra su privilegiada posición.

También pueden ayudar a explicar esta asociación con el Imperio las fuentes que se pudieron manejar en el momento. Tenemos, por ejemplo, el caso de Tito Livio. La mayor parte de su obra se centra en el periodo republicano y, además, está presente la necesidad de un gobernante único para acabar con el caos que vivió la República durante los siglos II y I a.C. La otra gran fuente clásica que ejerció una notable influencia sobre la visión de la Antigüedad es la de Suetonio, hasta el punto de que se consideraba a Julio César como el primer emperador de Roma debido a su obra.

En cualquier caso, no debemos olvidar que junto al Senado se encontraban los intereses del Sacro Imperio y del Papado, los cuales, de manera lógica, preferían invocar el pasado imperial ya que estaba mucho más acorde con la ideología que pretendían difundir. Además, la tendencia intelectual del momento era pensar que se necesitaba un gobierno personal fuerte que pudiera ejercer el poder, ya fuese el Papa o el emperador. Esta es una teoría que podemos observar perfectamente en la obra *Monarquía* de Dante,

el cual recurrió en muchas ocasiones al Imperio Romano para argumentar sus ideas políticas.

Pero no solamente se trató de establecer una determinada idea política a través del uso de los monumentos, sino que también se utilizaron para fortalecer la religión cristiana. Esta política se plasmó a través, principalmente, de la reutilización de diferentes construcciones, las cuales se convirtieron en iglesias. Ya hemos señalado el caso de la Curia, pero considero que el caso más importante es el del Panteón. Este fue uno de los primeros templos paganos reconvertido en iglesia cristiana, pero además es un caso simbólico, puesto que se trataba de uno de los principales centros culturales de la ciudad antigua. Muy interesante es la continuidad que se detecta en este caso, puesto que pasó de ser la “casa” de todos los dioses paganos a la de todos los mártires cristianos. Por lo tanto, conserva en cierto modo su función, seguramente porque así sería mucho más fácil de asimilar por la población romana. Así pues, algunos de los complejos más significativos de la Roma imperial se cristianizaron en primer lugar, en los comienzos del gobierno papal. Sin embargo, es un proceso que se desarrolló durante todo el Medievo aunque considero que la razón ya no sería puramente religiosa, sino económica. Esto podemos observarlo especialmente en el siglo XI, momento en el que se produjo el Cisma entre Oriente y Occidente (1054), puesto que las iglesias que se construyeron no poseían un especial significado a nivel ideológico. Además, en este momento la función de continuidad cultural, como en el caso del Panteón, ya carecería de sentido debido a los siglos transcurridos desde la caída del Imperio Romano de Occidente. Por lo tanto, solamente la explicación económica parece ser la satisfactoria. Hemos de tener en cuenta que Roma se había convertido en una pequeña ciudad cuya población fue descendiendo –en el siglo XIV residían 17.000 habitantes (Partridge, 2007, p. 15)– hasta que los pontífices regresaron a la ciudad, momento en el que el número de ciudadanos comenzó a incrementarse. Un número tan escaso de gente era incapaz de mantener el gran número de estructuras heredadas del pasado clásico y de costear el elevado coste que suponía importar materiales para nuevas construcciones. Debido a ello, se optó en numerosas ocasiones por el expolio de materiales.

En este proceso debemos de destacar también el conjunto de leyendas que se desarrollaron para apoyar esta política. Estas historias, en su mayor parte, estaban destinadas a reforzar el proceso cristianizador y a crear una idea en la conciencia colectiva, relativa al destino predestinado de la fe cristiana como religión imperante del

Imperio. Pero no solamente se mostraba esta imagen, sino que también se difundió la imagen del paganismo como un elemento vinculado al Diablo. Se trataba, pues, de alejarse del pasado pagano de la ciudad debido a esa creencia a la que hacíamos alusión al comienzo de nuestro trabajo, mediante la cual se creía que Roma había sido castigada por Dios debido a las persecuciones que había llevado a cabo contra los cristianos. Este intento de alejarse de la historia anterior al Edicto de Milán es muy claro, por ejemplo, en la literatura. En la ciudad del Tíber no se desarrolló durante la Edad Media ningún estudio de la historia de la Urbe, al contrario de lo ocurrido en otras zonas europeas, como en España con Alfonso X, quien escribió en 1289 la “Estoria General de España”, aunque quedó inconclusa. La razón es por la propia dificultad de esta empresa, puesto que debía ser realmente complicado crear un relato de Roma obviando el elemento pagano.

Todo lo anterior lo podemos poner en relación con las dos opiniones que conservamos de Petrarca y Pero Tafur sobre el conocimiento de los romanos sobre su pasado, tal y como veíamos casi al comienzo de nuestro trabajo. Esa incompreensión de lo que habían significado los monumentos es evidente, al menos en la mayor parte de la población y de los casos. Solamente, cuando se cree que es conveniente presentar una realidad histórica, se difundiría, como en el caso de la Columna de Trajano. En el resto de casos, donde los poderes no tenían intereses, los orígenes de las estructuras clásicas sólo se podían recordar por el nombre que conservaban, y cuando se podía sacar provecho de ellas, se creaban historias paralelas, tal y como ya hemos explicado.

Por último, debemos señalar que el carácter de todos estos usos que han sido estudiados eran de carácter secundario. Son todos elementos que apoyaban otras demandas. Especialmente es evidente en el caso del Papado, puesto que su principal legitimación se basaba en el documento escrito de la *Donatio Constantini*. Mientras que, por su parte, los detractores de éstos también redactaron obras basándose en la Antigüedad Clásica. Sin embargo, este es un tema en el que no hemos podido analizar debido a la falta de espacio, ya que se podría relacionar con varios aspectos de la vida de la ciudad, tales como las titulaturas o los rituales religiosos.

7. Bibliografía

7. 1. Fuentes primarias

(1854), *La Vita di Cola di Rienzo, Tribune del popolo romano*, ed. de Z. Re, Firenze, Felice Le Monnier.

(1999), “Il Codice di Einsiedeln”, trad. de Ponticelli Conti, en Tornillo, A. (ed.), *Pellegrinaggi a Roma: Il Codice di Einsiedeln, L’Itinerario di Sigerico, L’Itinerario Malmesburiense, Le meraviglie di Roma, Racconto delle meraviglie della città di Roma*, Roma, Città Nuova, pp. 31-45.

(1999), “Le meraviglie di Roma”, trad. de Ponticelli Conti, en Tornillo, A. (ed.), *Pellegrinaggi a Roma: Il Codice di Einsiedeln, L’Itinerario di Sigerico, L’Itinerario Malmesburiense, Le meraviglie di Roma, Racconto delle meraviglie della città di Roma*, Roma, Città Nuova, pp. 73-92.

(2000), *Liber Pontificalis*, ed. de R. Davis, Liverpool, Liverpool University Press.

(2007), *Le livre des Papes*, ed. de M. Aubrun, Paris, Brepols.

Agnellus de Rávena (2004), *The book of pontiffs of the church of Ravenna*, ed. de D. Mauskopf Deliyannis, Washington, D.C., Catholic University of America Press.

Agustín de Hipona (1983), *Obras completas: Sermones (II), 51-116*, ed. de L. Cirelluelo et al., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos

Alighieri, D. (2009), *Monarquía*, ed. de L. Robles Carcedo y L. Frayle Delgado, Madrid, Tecnos.

Alighieri, D. (2012), *Divina Comedia*, ed. de A. Echeverría, Madrid, Alianza Editorial.

Amiano Marcelino. (2002), *Historia*, ed. de M^a. L. Harto Trujillo, Madrid, Akal.

Benjamín de Tudela (1989), *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, ed. de J. R. Magdalena Nom de Déu, Barcelona, Riopiedras.

Casiodoro (1886), *The letters of Cassiodorus*, ed. de T. Hodgkin, Oxford, Oxford University Press.

Cipriano (1964), *Obras de San Cipriano: tratados, cartas*, ed. de J. Campos, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

De Quevedo, F. (1984), “A Roma sepultada en sus ruinas”, en Blecua, J. M., *Poesía de la Edad de Oro*, Madrid, Castalia, p. 190.

Dümmler, E. (1881), *PoetaelatiniaeviCarolini, vol. 1*, Berlin, ApudWeidmannos.

Fontana, D. (1590), *Della trasportazione dell’obelisco Vaticano e delle fabbriche di Nostro Signore Papa Sisto V*, Roma, Natal Bonifatio da Sibenico.

Maestro Gregorio (1999), “Racconto delle meraviglie della città di Roma”, trad. de Ponticelli Conti, en Tornillo, A (ed.), *Pellegrinaggi a Roma: Il Codice di Einsiedeln, L’Itinerario di Sigerico, L’Itinerario Malmesburiense, Le meraviglie di Roma, Racconto delle meraviglie della città di Roma*, Roma, Città Nuova, pp. 95-114.

Malalas, J. (1986), *Cronographia*, ed. de E. Jeffreyset al., Melbourne, Australian Association for Byzantine Studies.

Marcanova, G. (2002), *Collectioantiquitatum*. Recuperado de http://libweb5.princeton.edu/visual_materials/garrett/garrett_ms_158.final.pdf.

Orosio, P. (1982), *Historias*, ed. E. Sánchez Salor, Madrid, Gredos.

Petrarca, F. (1968), *Le familiari*, ed. de V. Rossi, Firenze, G.C. Sansoni.

Procopio de Cesarea (2007), *Historia de las guerras. Libros VII-VIII, Guerra gótica*, ed. de F. A. García Romero, Madrid, Gredos.

Procopio de Cesarea (2007), *Historia de las guerras. Libros V-VI, Guerra gótica*, ed. de J. A. Flores Rubio, Madrid, Gredos.

Tafur, P. (2009), *Andanças e viajes*, ed. de M. Á. Pérez Priego, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.

Valla, L. (2011), *Refutación de la donación de Constantino*, trad. de A. Biosca, Barcelona, Akal.

Virgilio (2006), *Eneida*, ed. de R. Bonifaz Nuño, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México.

Virgilio (2011), *Bucólicas(Églogas)*, ed. de A. Ramajo, Madrid, Castalia.

Zósimo (1992), *Nueva Historia*, ed. de J. M^a. Candau Morón, Madrid, Gredos.

7. 2. Estudios modernos

Alföldi, A. (1969), *The conversion of Constantine and pagan Rome*, trad. de H. Mattingly, Oxford, Clarendon Press.

Anunziato, A.D. (2010), “La *deum sedes* en la Edad Media. Las miradas del Maestro Gregorio y el legado de Roma”, *Circe de Clásicos y Modernos*, 14 (1), pp. 1-14.

Bordi, G. (2001), “Sant’Adriano al Foro Romano e gli affreschi altomedievali”, en Stella Arena, M. *et al.*, *Roma dall’antichità al medioevo. Archeologia e Storia*, Milano, pp. 478-493.

Bovini, G. (1968), *Edifici cristiani di culto d’età costantiniana a Roma*, Bologna, Riccardo Pàtron.

Brandizzi-Vittucci, P. (1991), “L’emiciclo del Circo Massimo nell’utilizzazione post classica”, *Mélanges de l’Ecole française de Rome. Moyen-Age, Tempsmodernes*, 103 (1), pp. 7-40.

Brezzi, P. (1959), “L’idea di Roma nell’Alto Medio Evo”, *Studi Romani*, 7 (5), pp. 511-523.

Buddensieg, T. (1965), “Gregory the Great, Destroyer of Pagan Idols”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 28, pp. 44-65.

Canella, T. (2006), *Gli Actus Silvestri: genesi di una leggenda su Costantino imperatore*, Spoleto, Fondazione Centro italiano di studi sull’alto Medioevo.

Carmasi, P. (2001), “La liturgia romana trail V e il IX secolo”, en Stella Arena, M. *et al.*, *Roma dall’antichità al medioevo. Archeologia e Storia*, Milano, pp. 144-153.

Carmona Fernández, F. (2002), “Cartago, Escavalón, Maguncia y Roma: las ciudades en la literatura de los siglos XII y XIII”, *Revista de Filología Románica*, 3, pp. 27-48.

Cavallaro, A. (1984), “«Una colonna a modo di campanilefacta per Adriano imperatore»». Vicende e interpretazioni della colonna Traianatra Medioevo e Quattrocento”, en Macchioni, S. y Tavassi La Greca, B., *Studi in onore di Giulio Carlo Argan*, Roma, pp. 71-90.

Cavallo, G. (2001), “Scuola, libri, praticheintelletuali a Roma trail V e il IX secolo”, en Stella Arena, M. *et al.*, *Roma dall’antichità al medioevo. Archeologia e Storia*, Milano, pp. 92-103.

- Cecchelli, C. (1986), "Spazio cristiano e monumentieretici in Roma", *Atti del VI Congressonazionale di Archeologia Cristiana*, Pesaro, pp. 287-296.
- CiancioRossetto, P. (2000), "Il Circo Massimo", en Ensoli, S. y La Rocca, E. (eds.), *Aurea Roma. Dalla città pagana allacittà cristiana*, Roma, "L'Erma" di Bretschneider, pp. 126-128.
- Coarelli, F. (1986), "L'Urbs e il suburbio", en A. Giardina (ed.), *Società romana e impero tardoantico. Vol. 2, Roma politica, economia, paesaggio urbano*, Bari, pp. 1-58.
- Coarelli, F. (1999), *La Colonna Traiana*, Roma, Editore Colombo.
- Coarelli, F. (2008), *La Colonna di Marco Aurelio*, Roma, Editore Colombo.
- Coates-Stephens, R. (2003), "The Water-supply of Early Medieval Rome", en Brunn, C. y Saastamoinen, A. (eds.), *Technology, Ideology, Water: From Frontinus to the Renaissance and Beyond*, Roma, pp. 81-114.
- Cooper, K. y Hillner, J. (2007), *Religion, Dynasty and Patronage in Early Christian Rome, 300-900*, New York, Cambridge University Press.
- Curran, J. (2000), *Pagan City and Christian Capital. Rome in the Fourth Century*, New York, Oxford University Press.
- D'Onofrio, C. (2003), *Rilavorazione dell'Antico nel Medioevo*, Roma, Viella.
- Davis, C. (1995), "La Edad Media", en R. Jenkyns (ed.), *El legado de Roma: una nueva valoración*, Barcelona, Crítica, pp. 62-90.
- De Rubeis, F. (2001), "Epigrafi a Roma dall'età classica all'alto medioevo", en Stella Arena, M. et al., *Roma dall'antichità al medioevo. Archeologia e Storia*, Milano, pp. 104-121.
- Delogu, P. (2001), "Roma dall'antichità al medioevo. La storia", en Stella Arena, M. et al., *Roma dall'antichità al medioevo. Archeologia e Storia*, Milano, pp. 13-19.
- Di Macco, M. (1971), *Il Colosseo: Funzione simbolica, storica, urbana*, Roma, Bulzoni.
- Fraschetti, A. (1986), "Constantino e l'abbandono del Campidoglio", en Giardina A., *Società romana e impero tardoantico. vol. 2, Roma politica, economia, paesaggio urbano*, Bari, Laterza, pp. 59-98.

- Gibbon, E. (2012), *Decadencia y caída del Imperio Romano, volumen 2*, Gerona, Atalanta.
- Goodson, C. J. (2010), *The Rome of Pope Paschal I: Papal Power, Urban Renovation, Church Rebuilding and Relic Translation, 817-824*, New York, Cambridge University Press.
- Graf, A. (1923), *Roma nella memoria e nelle immaginazioni del Medio Evo*, Torino, Arnaldo Forni Editore.
- Greenhalgh, M. (1978), *The Classical Tradition in Art*, London, Duckworth. Recuperado de http://rubens.anu.edu.au/new/books_and_papers/classical_tradition_book.
- Greenhalgh, M. (1989), *The Survival of Roman Antiquities in the Middle Ages*, London, Duckworth. Recuperado de http://rubens.anu.edu.au/new/books_and_papers/survival_publish/.
- Gregorovius, F. (1982), *Roma y Atenas en la Edad Media*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Gregorovius, F. (2004), *History of the City of Rome in the Middle Ages, vol. I-VIII, libros I-XIV*, trad. de A. Hamilton, New York, Italica Press.
- Grierson, P. y Blackburn, M. (2000), *Medieval European coinage: with a catalogue of the coins in the Fitzwilliam Museum, Cambridge. 1, The early Middle Ages (5th-10th centuries)*, New York, Cambridge University Press.
- Haskell, F. y Penny, N. (1981), *Taste and the Antique: The Lure of Classical Sculpture 1500-1900*, London, Yale University Press.
- Huelsen, Ch. (1907a), “The Legend of Ara Coeli”, *Journal of British and American Archaeological Society of Rome*, 4, pp. 39-48.
- Huelsen, Ch. (1907b), *La pianta di Roma dell'anonimo einsidlense, con 6 tavole e 15 illustrazioninel testo*, Roma, Ermanno Loescher & C°.
- Jenkyns, R. (1995), “El legado de Roma”, en Jenkyns, R. (ed.), *El legado de Roma: una nueva valoración*, Barcelona, Crítica, pp. 11-42.

- Jiménez Sánchez, J.A., (2006), *La cruz y la escena: Cristianismo y espectáculos en la Antigüedad Tardía*, Alcalá de Henares, Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá.
- Jiménez Sánchez, J.A., (2010), *Los juegos paganos en la Roma cristiana*, Treviso, Fondazione Benetton Studi Ricerche.
- Krautheimer, R. (1980), *Rome: Profile of a City, 312-1308*, New Jersey, Princeton University Press.
- Lanciani, R. (1882-1883), “L’aule e gli uffici del senato romano”, *Atti della Accademia dei Lincei*, 11, Roma, pp. 3-21.
- Lanciani, R. (1899), *The Destruction of Ancient Rome*, London, McMillan.
- Lanciani, R. (1989), *Storia degli Scavi di Roma e Notizie Intorno le Collezioni Romane di Antichità (1000-1530)*, vol. 1, Roma, Edizioni Quasar.
- Liverani, P. (2000), “L’attività edificatoria della comunità cristiana”, en Ensoli, S. y La Rocca, E. (eds.), *Aurea Roma. Dalla città pagana alla città cristiana*, Roma, “L’Erma” di Bretschneider, pp. 49-51.
- Lo Cascio, E. (2000), “Il popolamento”, en Ensoli, S. y La Rocca, E. (eds.), *Aurea Roma. Dalla città pagana alla città cristiana*, Roma, “L’Erma” di Bretschneider, pp. 52-54.
- Luciani, R. (1990), *Le Colisée: Architecture, histoire, spectacles et curiosités de l’amphithéâtre flavien, le plus célèbre des monuments de l’antiquité romaine*, Novara, De Agostini.
- Marcos Casquero, M.A. (2010), *Roma como referencia del mundo medieval*, León, Universidad de León: Área de Publicaciones.
- Martínez Jiménez, J. (2010), “El uso y el suministro de agua a la ciudad de Roma en el periodo ostrogodo. 476-55 d. C.”, en García, A. (ed.), *Espacios urbanos en el occidente mediterráneo (ss. VI-VIII)*, Madrid, pp. 267-274.
- Meneghini, R. (1998), “Roma – Nuovi dati sul medioevo al Foro e ai Mercati di Traiano”, con “Appendice” di C. Marangoni, L. Marini”, *Archeologia Medievale*, 25, pp. 127-141

- Meneghini, R. (1999), “Edilizia pubblica e privata nella Roma altomedievale. Due episodi di riuso”, *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Moyen-Age, Temps modernes*, 111 (1), pp. 171-182.
- Meneghini, R. y Santangeli Valenzani, R. (2004), *Roma nell'altomedioevo. Topografia e urbanistica della città dal V al X secolo*, Roma, Istituto poligrafico e zecca dello Stato.
- Monaco, E. (2000), “Il tempio di Venere e Roma. Appunti sulla fase del IV secolo”, en Ensoli, S. y La Rocca, E. (eds.), *Aurea Roma. Dalla città pagana alla città cristiana*, Roma, “L'Erma” di Bretschneider, pp. 58-60.
- Montero, S. (1990), “El papa Inocencio I ante las tradiciones religiosas paganas”, *Cristianismo y aculturación tiempos del Imperio Romano, Antig. y Crist. (Murcia)*, 7, pp. 405-412.
- Montero Fernández, F.J. (2004), *El Panteón: Imagen, Tiempo y Espacio: Proyecto y Patrimonio*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Muñiz Grijalvo, E. (1999), “El declive del templo pagano y la agonía de la tradición”, *ARYS*, 2, pp. 239-252.
- Nieto Soria, J.M. (1996), *El Pontificado Medieval*, Madrid, Arco Libros.
- Partridge, L. (2007), *El Renacimiento en Roma*, Madrid, Akal.
- Pratt, K.J. (1965), “Rome as Eternal”, *Journal of the History of Ideas*, 26(1), pp. 25-44.
- Rea, R. (2000), “I cristiani, vittime e spettatori nel *templum demonum*: il Colosseo”, en Ensoli, S. y La Rocca, E. (eds.), *Aurea Roma. Dalla città pagana alla città cristiana*, Roma, “L'Erma” di Bretschneider, pp. 129-133.
- Rea, R. (2002), *Rota Colisei: la valle del Colosseo attraverso i secoli*, Milano, Electa.
- Reekmans, L. (1989), “L'implantation monumentale chrétienne dans le paysage urbain de Rome de 300 à 850”, *Actes du XIe congrès international d'archéologie chrétienne. Lion, Vienne, Grenoble, Genève et Aoste (21-28 septembre 1986)*, Roma, École française de Rome, pp. 861-915.
- Richardson, L. (1992), *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, London, The Johns Hopkins University Press.
- Ridley, R. T., (1992) “To protect the Monuments: the Papal Antiquarian (1534-1870)”, *Xenia Antiqua*, 1, pp. 117-154.

- Rodríguez Gervás, M.J. (1990), “Constantino y la utilización político ideológica de Roma”, *Studia historica. Historia antigua*, 8, pp. 49-54.
- Rodríguez López, A. (2005), “La torre Cartularia: la fortificación de la familia Frangipane en el Foro Romano-Palatino durante la Edad Media”, en Mar, R., *El Palatí. La formació dels palaus imperials a Roma*, Tarragona, pp. 311-328.
- Rubinstein, R. (1988), “Pius II and RomanRuins”, *Renaissance*, 2(2), pp. 197-203.
- Santangeli Valenzani, R. (2000), “La politica urbanistica tra i tetrarchi e Costantino”, en Ensoli, S. y La Rocca, E. (eds.), *Aurea Roma. Dalla città pagana allacittà cristiana*, Roma, “L’Erma” di Bretschneider, pp. 41-44.
- Sastre de Diego, I. (2004), “La iglesia de Santa Agata dei Goti. Reflexiones acerca de un caso único de edificio arriano en Roma”, *Sacralidad y Arqueología, Antig. Crist. (Murcia)*, 21, pp. 77-100.
- Soraluce Blond, J.R. (2008), *Historia de la arquitectura restaurada: de la Antigüedad al Renacimiento*, A Coruña, Universidade da Coruña: Servizo de Publicacións.
- Spera, L. (2003), “The Christianization of Space along the via Appia: Changing Landscape in the Suburbs of Rome”, *AJA*, 107(1), pp. 23-43.
- Tantillo, I. (2000), “I munera in etàtardoantica”, en Ensoli, S. y La Rocca, E. (eds.), *Aurea Roma. Dalla città pagana allacittà cristiana*, Roma, “L’Erma” di Bretschneider, pp. 120-125.
- Temple, N. (2011), *Renovatio Urbis: Architecture, Urbanism and Ceremony in the Rome of Julius II (The Classical Tradition in Architecture)*, London, Routledge.
- Tollinchi, A. (1998), *Las metamorfosis de Roma: Espacios, figuras y símbolos*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Travaini, L. (1989), “Le monete a Roma nel Medioevo (V-XV secolo)”, *Studiromani*, 37, pp. 38-49.
- Zinkeisen, F. (1894), “The Donation of Constantine as Applied by the Roman Church”, *The English Historical Review*, 9(36), pp. 625-632.